

HISTORIA DEL EJERCITO DE CHILE



Capitán General Alonso de Ribera

TOMO I EL EJERCITO DEL REINO DE CHILE 1603 - 1810

(Edición corregida 1980 - 83)

ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJERCITO

© Inscripción N° 51203
Todos los derechos reservados

HISTORIA DEL EJERCITO DE CHILE

COMANDO EN JEFE DEL EJERCITO

**Elaborada por disposición de S.E. el Presidente de la República
y Comandante en Jefe del Ejército, General de Ejército don
Augusto Pinochet Ugarte**

PLANIFICACION DE LA OBRA

General de División Washington Carrasco Fernández

*Jefe del Estado Mayor General del Ejército y Presidente de la
Academia de Historia Militar.*

VERIFICACION HISTORICA Y CONSULTOR

Profesor Julio Heise González

Abogado y Profesor de Historia y Geografía,

*Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Políticas del Instituto de Chile
y de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía,*

Ex-Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile y

Miembro Honorario de la Academia de Historia Militar

COORDINADOR GENERAL

Coronel Virgilio Espinoza Palma

*Oficial de Estado Mayor, Profesor Militar, Jefe de
Relaciones Internas del Ejército y 2º Vicepresidente de la
Academia de Historia Militar.*

PARTICIPARON EN ESTE TOMO

Coronel Manuel Reyno Gutiérrez

Oficial de Estado Mayor, Profesor de Academia,
Miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y
de la Academia de Historia Militar

Tte. Coronel Edmundo González Salinas

Profesor de Historia y Geografía, Jefe de la Sección Historia
de Relaciones Internas del Ejército, Miembro de la Sociedad Chilena
de Historia y Geografía y de la Academia de Historia Militar

Mayor (R) Guillermo Krumm Saavedra

Vice-Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía,
Director del Instituto de Conmemoración Histórica y de la
Sociedad Antropológica de Chile,
Miembro de la Academia de Historia Militar

Ximena Rojas Valdés

Profesora de Historia de la Universidad Católica de Chile,
Jefe del Archivo de la Sección Historia de Relaciones Internas del Ejército

COLECCION BIBLIOTECA DEL OFICIAL

Coronel Miguel Caviedes Llanillos

Oficial de Estado Mayor, Profesor de Academia, Director
de Revistas Militares de Relaciones Internas del Ejército y
Miembro de la Academia de Historia Militar

INDICE

PROLOGO		11
CAPITULO I.	ORGANIZACION MILITAR DURANTE EL PERIODO DE LA CONQUISTA	15
	A.- Formación del pueblo chileno	15
	B.- El pueblo araucano	25
	C.- Organización del Ejército araucano	32
	D.- Organización militar de los Conquistadores	33
	E.- El legado de Lautaro	36
	F.- Primer Ejército español organizado	38
CAPITULO II	EL GOBERNADOR ALONSO DE RIBERA	51
	A.- Orígenes de la gran sublevación de 1599	51
	B.- Creación del Ejército permanente. 1603	60
CAPITULO III	EL GOBERNADOR ALONSO GARCIA RAMON	77
	A.- Situación militar al asumir el nuevo Gobernador	77
	B.- El Padre Luis de Valdivia y su misión en Chile	78
	C.- Resultados de la Guerra Defensiva	85
	D.- <i>El primer reglamento del Ejército de Chile</i>	91
	E.- Segundo reglamento del Ejército de Chile	93
CAPITULO IV	UNIFORMES, ARMAMENTO Y FORMA DE COMBATIR	101
CAPITULO V	EL EJERCITO DE CHILE Y SUS PRIMERAS ACTUACIONES	111
CAPITULO VI	SITUACION DEL PAIS AL TERMINAR EL SIGLO XVII	131
CAPITULO VII	EL EJERCITO DE CHILE EN EL SIGLO XVIII	133
CAPITULO VIII	LA REFORMA DEL VIRREY JOSE ANTONIO MANSO DE VELASCO	143

CAPITULO IX	LA ORDENANZA GENERAL DEL EJERCITO ESPAÑOL DE 1768	147
CAPITULO X	REFORMA DE LAS MILICIAS DE SANTIAGO	153
CAPITULO XI	EJERCITO Y MILICIAS DESPUES DE LAS REFORMAS DE MANSO Y DE AMAT	157
CAPITULO XII	ULTIMO REGLAMENTO DEL EJERCITO DE CHILE, REFORMA DE JAUREGUI	165
	A.- <i>Reforma de Jáuregui</i>	165
	B.- Distribución de las Fuerzas de Línea en la Frontera	169
	C.- El uniforme	170
	D.- El armamento	171
	E.- Abastecimiento	172
	F.- El fuero militar	175
	G.- La instrucción, La táctica	176
CAPITULO XIII	LAS MILICIAS DEL REINO DE CHILE	179
	A.- Instrucción	179
	B.- Clasificación de las milicias	180
	C.- Reclutamiento del personal	181
	D.- Calificación del personal	184
CAPITULO XIV	LAS MILICIAS AL COMENZAR EL SIGLO XIX	187
	A.- Ubicación de las unidades a través del país	187
	B.- El armamento	200
	C.- Grados de la oficialidad	250
	D.- Grados de tropas	202
	E.- Otras designaciones	202
CAPITULO XV	PAPEL DEL EJERCITO Y DE LAS MILICIAS EN LA DEFENSA DEL REINO	207
CONCLUSION		211
ANEXO	ALGUNOS DE LOS PRINCIPALES FUERTES ESPAÑOLES EN EL PERÍODO COLONIAL	213
INDICE DE ILUSTRACIONES		245
ORIENTACION BIBLIOGRAFICA		247

PROLOGO

“La Historia del Ejército” nació de una resolución de S.E. el Presidente de la República, Capitán General D. Augusto Pinochet Ugarte quien, en su calidad de Comandante en Jefe del Ejército, ordenó la elaboración de esta obra. No existía una Historia del Ejército de Chile que abarcara el período colonial y el republicano.

El Jefe del Estado Mayor General del Ejército, en cumplimiento de la resolución presidencial, encomendó esta tarea a un equipo de historiadores militares y catedráticos del Departamento de Historia de la Universidad de Chile, a través de un Convenio que, para este objeto, se firmó con esa Casa de Estudios.

Este grupo de investigadores estimó que la Historia del Ejército está íntima y estrechamente ligada a todos los aspectos de nuestro desenvolvimiento nacional. Es indudable que existe un estilo peculiar de vida del pueblo chileno que lo vemos reflejado en la estructura política, económica, social y cultural del país. Por otra parte, todos los aspectos del convivir humano se influyen y determinan recíprocamente. Es “la determinación recíproca de los hechos” a que se refiere la ciencia histórica.

Fue necesario, pues, examinar las bases de la nacionalidad para extraer de ahí las características de los hechos y de las instituciones.

La lucha que por espacio de casi tres centurias sostuvo España con nuestros indígenas, plasmó una raza nueva con las características de ambos pueblos. La Guerra de Arauco imprimió a Chile un sello particular que se evidenció a través de su vida como Nación independiente en las contiendas externas que ha debido afrontar. Las exigencias, por duras que hayan sido, se han enfrentado con estoicismo hasta los límites del sublime holocausto, como ocurrió en la epopeya de Iquique y en la Campaña de la Sierra. Las guerras de Arauco produjeron notables diferencias con

respecto a los pueblos hermanos de la América hispana. Ello debió ser considerado al estudiar la Historia del Ejército, por cuanto la masa que constituye el pueblo de Chile, con sus virtudes y defectos, está presente en nuestras Fuerzas Armadas.

Tras un acabado estudio de la génesis del Ejército de Chile, este trabajo presenta el desarrollo y capacitación teórica y práctica de sus cuadros y los cambios de organización y adiestramiento. Interesa también dejar constancia del avance en la técnica, tanto en lo referente al armamento y material en uso, como en su fabricación, obtención y mantenimiento.

El trabajo, emprendido bajo la Dirección del Estado Mayor General del Ejército, no es, en suma, una historia militar que evalúa técnicamente el comportamiento profesional del Ejército en las campañas militares, sino la presentación cronológica de su desarrollo como Institución, a la luz de los antecedentes fidedignos que arrojan los archivos históricos, jurídicos e institucionales.

No obstante, no se ha podido prescindir en la hilación del desarrollo de las acciones bélicas en que ha participado el Ejército, pero sin entrar al análisis militar de las campañas, que ha sido materia de excelentes trabajos ya publicados. Tratándose de las campañas militares nos referiremos más bien a los detalles de organización del mando, de los cuadros combatientes, comportamiento logístico en apoyo a las tropas y las consecuencias y repercusiones institucionales que cada acción trajo aparejada.

El Ejército de Chile es una Institución tradicionalmente sujeta a un severo código ético profesional, expresado en preceptos constitucionales, doctrina y reglamentación que conforman una moral militar que es la clave y alma de su eficiencia y disciplina.

Desde los albores de la vida republicana, la Constitución de 1833 dispuso que la Fuerza Armada era esencialmente obediente y no podía deliberar. En las contadas crisis políticas que registra la *Historia de Chile*, vemos a los cuerpos armados defendiendo invariablemente los principios democráticos y las instituciones fundamentales de la República.

Por espacio de más de un siglo y medio, la organización del Ejército ha pasado por diferentes etapas, sin sufrir cambios bruscos en el mando ni en sus unidades. De acuerdo a las nuevas denominaciones adoptadas por los ejércitos modernos, éstas se han agrupado en distintas formaciones mayores, manteniendo en términos generales la filosofía y estructura que han sido base del mando desde el año 1830.

Sólo las modalidades de combate y los métodos de instrucción son los que periódicamente han variado conforme a los adelantos que la ciencia militar va desarrollando a medida que avanza la técnica y desarrollo de las armas.

La subordinación del mando al poder civil que se observa en la vida del Ejército estuvo acorde con la Ordenanza General del Ejército y Armada, promulgada en 1839, que estableció esta modalidad al otorgar a los Intendentes y Gobernadores la calidad de Comandantes de Armas. Esta legislación no creó un Comando en Jefe del Ejército que se preocupara de su instrucción, organización, mando y conducción. El deseo de Portales de impedir a cualquier costo la proliferación de motines militares, frecuentes en la América de aquellos tiempos, lo llevó a ello. Esta situación terminó con la promulgación del Código de Justicia Militar, en 1925.

Esta historia institucional trata el desarrollo del Ejército desde su creación en 1603 por Alonso de Ribera, hasta nuestros días. En ella encontraremos un estudio completo que permite a los profesionales seguir, paso a paso, su desenvolvimiento y a los profanos, penetrar en su existencia y crecimiento, aquilatando sus valores, virtudes y defectos, como los tiene toda obra humana. Se podrán valorar tanto el sacrificio y el heroísmo en los campos de batalla, como el esfuerzo abnegado y silencioso por el progreso de Chile y el bienestar de sus conciudadanos en las horas de la paz.

Los reclutas movilizados que combatieron en 1879 se sintieron desde el primer día soldados, después de dejar la casaca civil para ceñir el sable o tomar un fusil. José Francisco Vergara sentía orgullo en destacar el título de coronel de caballería que alcanzó durante la guerra. Con ello quería manifestar que se sentía

incorporado a las filas como cualquier militar de profesión. Si hubo algunos civiles que se entrometieron más de la cuenta, se debió al sistema que implantó la Ordenanza, más que al deseo de interferir en el mando militar. No sólo el entusiasmo basta para obviar los conocimientos y aptitudes del profesional de las armas. Así quedó probado cuando —a partir de la ocupación de Antofagasta— se comenzó a instruir a los reclutas bajo la dirección del General Justo Arteaga y su Jefe de Estado Mayor José Antonio Villagrán y se creó ese Ejército que más tarde vencería en la guerra.

“La Historia del Ejército” deja en claro el desarrollo de la Institución, tanto en el período hispánico, como en el independiente. Considera su actuación durante la Colonia, en la eterna Guerra de Arauco donde el criollo aprendió a ser soldado, evidenciando ya las excelentes cualidades de la nueva raza.

Esos mismos criollos lucharán por más de dos lustros en las campañas de la Independencia de Chile y del Perú. En 1837 vuelven a empuñar las armas para destruir el poder del Mariscal Santa Cruz que amenazaba la Independencia de Chile y finalmente obtienen brillante triunfo en la Guerra del Pacífico (1879-1884).

Es necesario dejar constancia de la excelente labor desarrollada por el equipo de historiadores militares y civiles para entregar a los profesionales y al país, los fundamentos en que se asienta nuestro Ejército, su desarrollo y funciones a lo largo de casi cuatro siglos.

Los servicios prestados han sido considerables. En dos oportunidades —1837 y 1879— salvaron al país en guerra exterior, cuando, sin desearlo, Chile debió enfrentar la lucha porque su estabilidad como Nación soberana se hallaba amenazada. Nuestro país jamás ha buscado la guerra, pero ha debido encararla cuando ésta ha llegado a nuestras fronteras. Si ha vencido en ellas, es porque su pueblo respondió al llamado sin escatimar el sacrificio de la vida en su defensa.

Chile fue, es y seguirá siendo un pueblo pacífico que no desea la guerra y si se ha visto obligado a declararla, habría que recordar que “la culpa de la guerra no es siempre de quien la declara, sino del pueblo que hace imposible la paz”.

CAPITULO I

ORGANIZACION MILITAR DURANTE EL PERIODO DE LA CONQUISTA

A. FORMACION DEL PUEBLO CHILENO

El Ejército de Chile, como la mayoría de las instituciones nacionales, enraíza en sus similares de la época colonial y ha recibido la herencia de las fuerzas que España mantuvo en el Reino, para luchar contra los araucanos y pacificar, sostener y organizar el territorio ya conquistado.

El orgullo nacional ha derivado del ancestro indígena de la raza, todas las virtudes del soldado chileno y, conociendo las del conquistador español, se amalgamaron para conformar un espíritu de raza. La obra de Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ha sido fundamental en este aspecto y sus estrofas han servido de oración patria para levantar el espíritu chileno en los momentos difíciles.

El Ejército de Chile debe reconocer como su antepasado al organizado por Alonso de Ribera, con la influencia que sobre él ejerció la organización guerrera araucana. Bajo ese modelo comenzó su vida como institución nacional. Sus reglamentos, ordenanzas y disposiciones, como muchos defectos de los que aquél adolecía, le fueron comunes y sería una injusticia desconocerlo. Por ello, es preciso estudiar la constitución, las actuaciones, virtudes e imperfecciones del Ejército colonial, como también el heroísmo con que mantuvo la obra de conquista frente a un adversario que se superó durante el transcurso de la lucha, sacando enorme partido de la naturaleza de su territorio.

La capacidad bélica del pueblo araucano tuvo especial importancia sobre la organización de las fuerzas militares españolas, tanto por la trascendencia del mestizaje como por su forma especial de guerrear, lo que obligó a los conquistadores a adaptar su disposición europea a las condiciones topográficas del país y a las características de su enconado antagonista.

Las guerras de Arauco determinaron una considerable afluencia de españoles. Cada avance de los mapuches obligaba a reforzar el Ejército. En el primer medio siglo de la Conquista la población europea llegó a 3.620 almas. Esta cifra, considerable para la época, representa más del 20% de toda la población española del Nuevo Mundo que los historiadores estiman, para el siglo XVI, en más o menos 15.000 habitantes. En el Perú éstos no llegaban a 6.000.

Pedro de Valdivia inició la Conquista con 150 hombres. Después de la destrucción de Santiago por Michimalonco (1541) el propio Valdivia trajo refuerzos hasta completar 500 españoles. Hurtado de Mendoza vino en 1557 con 450 soldados, Rodrigo de Quiroga, como Gobernador interino, recibió un refuerzo de 250 soldados y como Gobernador en propiedad (1575-1580) recibió 334 más. Finalmente, Alonso de Sotomayor, casi al finalizar el siglo XVI (1583-1592), aumentó estas fuerzas con un contingente de 1.000 hombres.

Es necesario referirnos a las principales características de la empresa de la conquista y del conquistador, para entender el período en su real dimensión.

En primer lugar, debemos destacar que las empresas de Indias se realizaron solamente entre los años 1493 y 1560. Este hecho nos lleva a comprender inmediatamente sus principales características, enraizadas profundamente en el espíritu europeo del hombre del Renacimiento de los siglos XV y XVI que, en su modalidad española, se expresó mejor en una tendencia espontánea a la conquista y colonización. El individualismo renacentista, dominado por el Estado en el continente europeo, en Indias pudo manifestar-



Lautaro

se libremente. En el nuevo continente nadie inquiría sobre el origen o el pasado de las personas. No existían otros méritos que las propias obras y ellas eran los blasones que los conquistadores necesitaban para ser hidalgos y obtener un escudo de armas que perpetuara su memoria. Si no tenemos presente esta característica de individualismo, no podemos comprender tanto riesgo, tanto heroísmo, tanto sacrificio económico del conquistador.

Entre las características de la empresa de conquista, la más importante fue su índole feudal. Los territorios de las Indias, por las Bulas de demarcación y el Tratado de Tordesillas (1), eran de propiedad y dominio político del Estado español. Pero las limitaciones materiales impedían al Estado realizar por sí solo la conquista y se vio obligado a emplear el régimen de enfeudación para hacer efectivo el dominio que tenía por títulos, entregando el Gobierno en manos de los conquistadores. La relación entre el Estado propietario y el individuo empresario se efectuaba mediante la capitulación; ésta era un documento público de naturaleza contractual en la que, por una parte, el Estado autorizaba la empresa y estipulaba su participación de beneficios o Quinto Real y, por otra, el empresario se comprometía a realizar a su costo la empresa, aceptando la repartición de beneficios establecida por el Estado. Las Capitulaciones decretaban también la jefatura de la empresa que recaía en el Capitán de Conquista; de esta manera, la Corona creaba una autoridad política en la que el Estado español delegaba soberanía y funciones de Gobierno, todo ello en calidad de reconocimiento de servicios. Esta jefatura era de carácter ina-

(1) Enterados los Reyes Católicos de las tierras descubiertas por Cristóbal Colón, pidieron al Papa Alejandro VI que demarcara los territorios que les pertenecían, para precaverse de posibles problemas con la Corona portuguesa, en el futuro. Por las Bulas *Inter Caetera* de 3 y 4 de mayo de 1493, el Papa hizo donación a los Reyes Católicos y a sus sucesores en la Corona de Castilla y de León de las tierras descubiertas y por descubrir al occidente de una línea trazada de polo a polo a 100 leguas de las islas del Cabo Verde, con cargo de proveer a la evangelización de sus naturales. Los portugueses reclamaron a la Corona de Castilla por esta demarcación, firmándose finalmente el Tratado de Tordesillas el 7 de junio de 1494. Por él se modificó la línea papal, disponiéndose que ella pasara a 370 leguas al oeste de las islas del Cabo Verde. Posteriormente, este Tratado fue ratificado por el Papa.

movible e indiscutible y su desconocimiento implicaba un acto de rebelión. En esta forma el Rey podía mantener bajo su jurisdicción todos los territorios en los que actuara el español.

En cuanto al aspecto militar, la autoridad también era centralizada y jerárquica, basada en una disciplina rígida y su jefe ostentaba el título de Capitán General.

Si en el aspecto del mando político y militar había unidad, ésta no existía en cuanto al financiamiento de la empresa. Su constitución económica era un proceso posterior a la creación de la jefatura y comenzaba con el pregón de las capitulaciones o provisiones en las calles y plazas de ciudades españolas o indianas, para reclutar gente. El jefe de la empresa era sólo un participante económico más de ella; por lo general se hacía cargo de aportar los elementos vitales, como víveres, cañones, municiones, etc. Los soldados que se incorporaban, podían hacerlo a su propia costa o con armas suministradas por el jefe, las cuales pagaban con la parte correspondiente de su botín. La participación económica era de diferentes tipos. Había desde el simple peón que se incorporaba con sus armas; el que llevaba armas y caballos; el que se incorporaba con soldados armados a sus expensas (como fue el caso de Francisco de Aguirre en la empresa de Pedro de Valdivia a la Nueva Toledo); el que aportaba partes vitales a la empresa, tales como víveres e instrumentos; o el que venía con una embarcación de su propiedad. Finalmente, los beneficios de la empresa se repartían de acuerdo con el grado de participación de cada uno. Podemos decir que la empresa de Indias, en su aspecto económico, era "una sociedad contractual entre un gran número de miembros a quienes se repartía beneficios proporcionalmente a su grado de participación" (2).

Mucho se ha dicho que el motivo principal que tuvo el conquistador para venir a estas tierras fue la búsqueda y dominio de territorios, muchas veces mitológicos, pletóricos de oro; recorde-

(2) Meza Villalobos, Néstor. Estudios sobre la Conquista de América. Santiago, Editorial Universitaria, 1971, pág. 36.

mos la leyenda de El Dorado. Pero esta apreciación cae fácilmente cuando constatamos que estos mitos y leyendas persistieron hasta el siglo XVIII y que el impulso de conquista terminó al promediar el siglo XVI. Podemos afirmar que el motivo vital que movió a los jefes de empresas fue el deseo de dominio y ascenso social y que la riqueza era sólo el medio para lograrlo.

“La riqueza del capitán de conquista está destinada a satisfacer fines extraeconómicos, ajenos a la creación de nuevos valores económicos: es un medio para alcanzar un fin político y social, poder y honra —que sólo es posible mediante la conquista de un territorio. La riqueza es el medio para alcanzarlo y sostenerlo... El capitán de conquista busca la riqueza para alcanzar poder y posición social y no poder para incrementar la riqueza” (3).

Esto queda claramente establecido por las palabras de Pedro de Valdivia en una de sus cartas al Emperador Carlos V:

“... y haré lo mismo en lo de adelante, que no deseo sino descubrir y poblar tierras a V.M. y no otro interese, junto con la honra y mercedes que será servido de me hacer por ello, *para dexar memoria y fama de mí*, y que la gané por la guerra como un pobre soldado, sirviendo a un tan esclarecido monarca, que poniendo su sacratísima persona cada hora en batallas contra el común enemigo de la cristiandad y sus aliados, ha sustentado con su invictísimo brazo y sustenta la honra della y de nuestro Dios, quebrantándoles siempre las soberbias que tienen contra los que honran el nombre de Jesús” (4).

Ciertamente existía una diferencia entre el jefe de la empresa y el soldado: Este último satisfacía en estas empresas su ambición de oro, de tierras y de indios, para vivir “conforme a su calidad y condición”. Pero en incontables casos este mismo soldado, una vez obtenida la fortuna, emprendía nuevas empresas a su propia costa, transformándose así en un Capitán de Conquista. De esta manera se produjo una continuidad entre el soldado y el Capitán de Con-

(3) Meza Villalobos, Néstor. Obra citada, pág. 85.

(4) Carta de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V. La Serena, 4 de septiembre de 1545. Valdivia, Pedro de. Cartas, Introducción por Jaime Eyzaguirre. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1955, pág. 33.

quista, pues el que en el pasado había sido un simple soldado de una empresa, podía ser después un Capitán de Conquista.

“El Capitán de Conquista es aquel hombre que siente las ambiciones de dominio y de ascenso social, cuya satisfacción concibe como posible, mediante la conquista de territorios desconocidos en cuya empresa arriesga su fortuna, pone su osadía, tenacidad, su capacidad de mando y sus condiciones militares” (5).

En cuanto a la jerarquía militar, ésta era correspondiente al grado de participación económica. Pero es necesario destacar que poseía una característica espiritual inherente y difícil de lograr. El origen estatal de la jefatura jugaba muy poco en la creación de la autoridad. Los verdaderos fundamentos de ella eran más bien de naturaleza interior y se basaban en la simpatía y en la admiración que el soldado sentía por el capitán, por su valor, generosidad, elocuencia, persuasión y decisión.

Finalmente, debemos dejar claramente establecido que la empresa de conquista no tuvo un carácter propiamente militar y que, si aparentemente era así, se debió a la realidad en la que debió desenvolverse. No puede afirmarse que fueron ejércitos expedicionarios de conquista, pues estos grupos no tenían ni la organización, ni el vestuario, ni el objetivo propio de un ejército.

“No hubo ejércitos dependientes del poder estatal, sino partidas armadas organizadas por un particular, el único a quien reconocían el mando. Estos grupos de hombres armados carecían de permanencia, requisito fundamental de un ejército, lo que se explica por su carácter privado y por ser organizados para una empresa determinada, luego de la cual se producía su dispersión. La jerarquía era totalmente ocasional y no respondía a ninguna base de estabilidad. El mando que se reconocía al empresario tenía su origen en un contrato social y en el ascendiente que éste tenía por sus conocimientos, experiencia, valor y condiciones personales. La escasez de hombres de guerra hizo recurrir, la mayor parte de las veces, a individuos ajenos a las armas, a los que no se daba una instrucción previa. Aunque aparentemente hubo una clasificación de

(5) Meza Villalobos, Néstor. Obra citada, pág. 81.

soldados por arma, ello no se hizo desde el punto de vista del empleo de cada arma, sino que fue consecuencia de la mayor o menor capacidad económica del soldado, que le permitía o no llevar caballos" (6).

En todo caso no podemos desconocer la importancia fundamental que estos grupos tuvieron en la creación de nuestro Ejército permanente en 1603.

Al comenzar el siglo XVII se creó el Ejército permanente para lo cual Ribera trajo desde el Perú 570 soldados y desde España llegaron alrededor de 800. De ahí en adelante los gobernadores dispusieron de 1.000 a 1.200 soldados en la línea del Bío-Bío y otros 1.500 diseminados en los fuertes. Los fuertes de Valdivia tuvieron una dotación de 900 hombres. A mediados del siglo XVII la población de españoles y criollos oscilaba entre 10.000 y 11.000 almas, cifra extraordinariamente elevada si la comparamos con las demás colonias españolas. En esta misma época las provincias del Plata sólo contaban con tres mil blancos y el Virreinato del Perú tenía muy poco más que Chile.

Paralelamente, se produjo una rápida disminución de la población indígena provocada por la guerra, el hambre, las epidemias, el trabajo forzado y el surgimiento del mestizo que arrebató a las mujeres jóvenes a los indios. Por otro lado, los soldados españoles y los encomenderos mezclaron generosamente su sangre con la indígena. Cada soldado mantenía a su servicio media docena de muchachas mapuches y entre los encomenderos este número sobrepasaba la veintena. En el siglo XVII entre el Aconcagua y el Maule casi no existían habitantes de pura raza indígena. Todos eran mestizos. El soldado español y el encomendero criollo empezaron a mezclar su sangre con jóvenes mestizas, lo que produjo un tipo de mestizo blanquecino, con sangre blanca europea.

Este proceso contribuyó a la unidad racial del pueblo chileno.

(6) Oñat, Roberto y Carlos Roa, Régimen legal del Ejército en el Reino de Chile. Santiago, Editorial del Pacífico, S. A., 1953.

Quedaron, por un lado, los criollos de raza blanca y los mestizos con europea. Estos mestizos formaron la gran mayoría del pueblo chileno. Ellos heredaron las notables virtudes militares del araucano y del soldado español; virtudes que demostraron en las interminables campañas de Arauco, peleando codo a codo con sus progenitores los españoles; luchando, más adelante, en las campañas de la Independencia, en la Expedición Libertadora del Perú, en el conflicto contra la Confederación Perú-boliviana y en la Guerra del Pacífico.

Este proceso de mestizaje no se dio en los demás países de América española. En México, Colombia, Perú y Bolivia, después de una corta campaña militar, las grandes masas de indígenas se sometieron dócilmente, lo que permitió conservar hasta nuestros días la numerosa población indígena.

Enorme importancia adquiere en la formación del mestizaje el *admapu*, que era "el conjunto de creencias, supersticiones, costumbres, tradiciones y, especialmente, las normas que reglaban la conducta".

Obedeciendo a él, la mapuche casada prefería darse muerte antes de entregarse; pero las solteras, que no estaban inhibidas por esas prescripciones, rechazaban la posesión sólo por odio al invasor; mas, cuando eran fecundadas, daban a luz dentro de sus propias tribus unos hijos mestizos que se fundían psicológicamente con la raza de su madre, a pesar de que mostraban claramente los rasgos antropológicos del padre español.

Sin embargo, el cruzamiento de las sangres araucana y española no sólo siguió esa vía. El guerrero mapuche buscaba a la hembra blanca con la misma avidez que la india chincha-chilena al varón peninsular. En cada incursión y en cada ataque a fuertes o ciudades, el botín predilecto de los combatientes araucanos eran las mujeres españolas o las mestizas rubias, a quienes ocultaban en lugares remotos fuera del alcance de los conquistadores. Otra forma de aporte a esta fusión de razas fue la desertión. Son numerosos los casos de soldados españoles, mestizos, e incluso mujeres

blancas que, apremiados por el hambre en los interminables sitios a los fuertes, prefirieron pasarse al campo indio, en procura de comida y constituyeron allí sus familias.

Como es natural, a medida que la colonización avanzaba, el elemento nativo, producto del cruce de europeos e indígenas, fue en aumento hasta formar nuestro pueblo, que tuvo desde sus comienzos, características distintas a otros del mismo origen en Hispanoamérica. Esto se debió a que tal amalgama se realizó en el crisol de la guerra, con especial intervención de la mujer aborígen. Ella imprimió un sello particular a este pueblo y la raza que resultó creció a la sombra de una cruz hecha con la madera del canelo, el árbol sagrado del mapuche.

El español, que vivía constantemente ocupado en los asuntos de la guerra, no estuvo en condiciones de dirigir la formación de sus hijos. Fue la madre indígena quien tuvo a cargo esta tarea, de acuerdo a los preceptos del *admapu*, a pesar de que el conquistador entregó su instrucción cristiana a la Iglesia, la que trató de borrar de su alma las supersticiones y creencias en que hasta ese entonces había vivido.

En todas las conquistas, ha sido la mujer nativa quien ha marcado el rumbo del nuevo pueblo. Para Chile fue altamente beneficiosa la participación del elemento indígena. La influencia de la mujer en la educación del hijo, proporcionó una constitución mental diferente a la de otros pueblos; el aislamiento que el medio geográfico imprimió, hizo lo demás.

B. EL PUEBLO ARAUCANO

Los mapuches eran diferentes de los picunches de la zona central, de los pehuenches y puelches de la cordillera y de los huilliches del sur. Eran una cuña enclavada en el centro de Chile que fue empujando a la antigua cultura chincha-chilena hacia el norte, el este y el sur, para hacerse lugar y establecer sus tribus cada vez más

numerosas, hasta abarcar todo el territorio comprendido entre los ríos Bío-Bío y Toltén.

Es poco frecuente encontrar un pueblo de tan atrasada civilización cuya gente sea, no sólo de desarrollada inteligencia, sino también de raras y particulares condiciones. Extrañan sobremanera los profundos conocimientos esotéricos que poseían los mapuches y el perfecto dominio que tenían sobre sus cuerpos, al grado de reprimir totalmente el dolor y el cansancio (7).

Era un pueblo guerrero por naturaleza; sin embargo, el acendrado amor que sentían por su tierra les evitó la tentación de conquistar otras comarcas para ensanchar sus dominios. Se desenvolvía entre la autoridad psicológica del padre y el orgullo ancestral de sus antepasados, transmitido a través de la madre. Se preocupaba de la formación militar de los jóvenes, entrenándoles en prácticas atléticas y, al mismo tiempo, enseñándoles oratoria y técnicas de memorización. Donde cada habitante era salvajemente libre y a la vez férreamente disciplinado en las acciones guerreras.

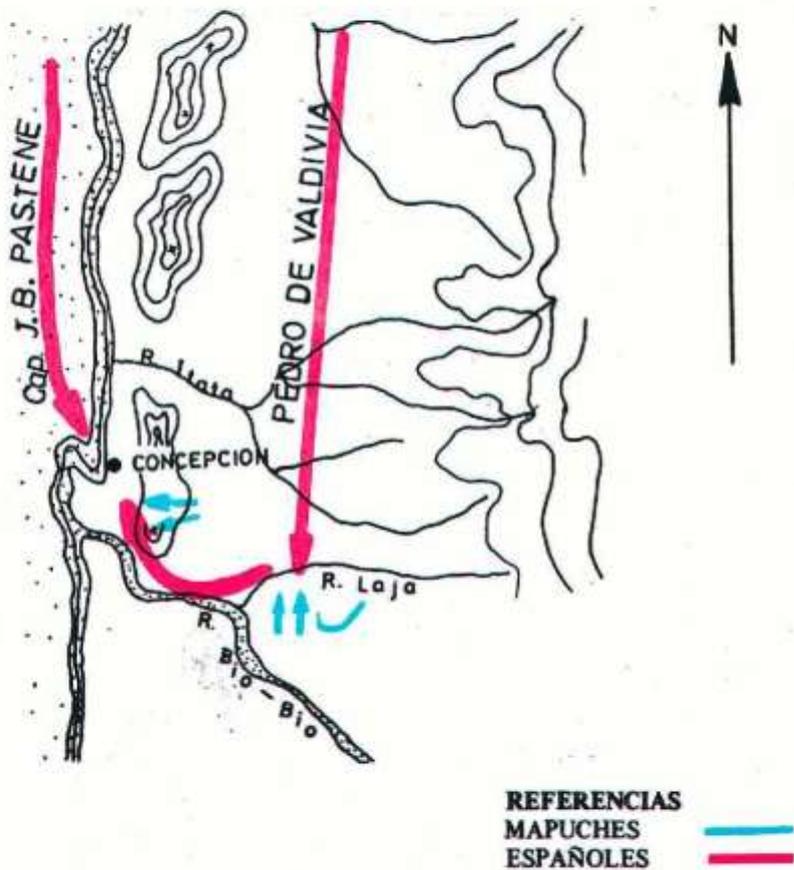
La actividad de los hombres estaba destinada desde muy temprana edad al adiestramiento militar, dejando a las mujeres y ancianos el trabajo agrícola que les aseguraba el sustento. Hasta los catorce años los jóvenes araucanos recibían la enseñanza del *admapu* y eran iniciados en los ritos esotéricos y en la historia de sus antepasados y costumbres. Luego comenzaba su preparación para la guerra, dedicando un largo período al entrenamiento físico, mediante antiguas prácticas atléticas y juegos deportivos que facilitarían más tarde el uso de las armas. Simultáneamente, los viejos de la tribu les introducían en los secretos de la oratoria, en el arte de desarrollar la memoria, el espíritu de observación, el fortalecimiento del carácter y el aumento de su voluntad, haciéndoles pasar por toda clase de privaciones y dificultades en que tuviesen que emplear la imaginación para superarlas.

(7) González de Nájera, Alonso. Desengaño y Reparación de la Guerra del Reino de Chile. Santiago, Imprenta Ercilla, 1889. Rel. III, págs. 48 y 49.



Pedro de Valdivia

CAMPAÑA DE PEDRO DE VALDIVIA
20.II.1550



REFERENCIAS
MAPUCHES
ESPAÑALES

Una vez que los padres les estimaban aptos para la instrucción militar, comenzaba su aprendizaje en el manejo de las armas, primero en forma particular y luego en equipos, donde eran objeto de la más rígida disciplina. Así se iniciaban en el uso de la honda y del arco, cuyo dominio debía permitirles cazar un ave en pleno vuelo. Después venía el empleo de la lanza, tanto en la lucha cuerpo a cuerpo como en el lanzamiento a distancia. Finalmente, a medida que el incremento muscular lo permitía, se adiestraban en la práctica de la macana y de la maza.

Cuando el mozo rendía satisfactoriamente las pruebas de resistencia, destreza, valor y demás cualidades que se le exigían, era admitido en el grupo militar de los "conas".

De este pueblo tan particular nació Lautaro (8), joven estratega de raro genio militar, que se adelantó en siglos a muchos grandes generales del mundo, al aplicar en forma intuitiva los principios de la ciencia militar y de la conducción de operaciones. Ese muchacho indio encendería la antorcha de la libertad para su pueblo jamás vencido y lo conduciría a la victoria contra el mejor ejército europeo de aquella época que había paseado su bandera triunfante por el Viejo Continente y luego por América, que debió finalmente abatirla ante los araucanos en Tucapel, Marigüeñu y Concepción.

Ese muchacho "salvaje" y analfabeto de apenas dieciocho años estuvo largo tiempo cautivo de los españoles hasta que, no pudiendo dominar más el llamado de su sangre y de su tierra, corrió a combatir junto a los suyos sintiendo sobre sí el hálito de los elegidos y esa corriente de energía que obliga a los hombres pre-

- (8) Lautaro. Mocetón araucano, sirviente del Gobernador Pedro de Valdivia que con el nombre de Alonso, desempeñó el puesto de caballerizo. Huyó del campo español y se incorporó a los mapuches, a quienes enseñó la forma de resistir a la caballería hispana. Creó nuevas tácticas para combatir a sus adversarios, atacando en sucesivos pelotones y guardando una reserva para el final del combate. Venció a Valdivia en Tucapel y le dio muerte; a Francisco de Villagra en Marigüeñu, siendo vencido y muerto, a su vez, en el Combate de Peteroa.

destinados a cumplir una misión de histórica trascendencia para con su pueblo.

C. ORGANIZACION DEL EJERCITO ARAUCANO

Hasta el advenimiento de Lautaro como Toqui General, los araucanos componían una turba informe que lanzaba el ataque desordenadamente, haciendo pesar sólo su valor indomable para conseguir la victoria. El joven jefe comprendió que el heroísmo serviría únicamente para aumentar el número de muertos entre los suyos. Para vencer al invasor era necesario, más que músculos y coraje, la inteligencia y la organización.

Contaba con fuerzas cercanas a los cuarenta mil guerreros, que agrupó en batallones al mando de los toquis más destacados, clasificándolos de acuerdo a sus habilidades. Así nacieron compañías de piqueros, flecheros, maceros, de caballería y de infantes con macanas.

No le fue difícil al caudillo organizarlos por especialidades. Antes de su mando también existían agrupaciones militares, que más bien obedecían a vínculos familiares de gente de una misma tribu. En la mayoría de los casos, los *rehues* mostraban preferencia por el manejo de un arma determinada. Sin embargo, con la nueva organización, se inició la instrucción militar masiva bajo la más rígida obediencia y los guerreros se dedicaron de lleno a lograr el máximo de destreza en el arma a que fueron asignados.

Reunido con toquis y caciques, Lautaro les enseñó a combinar la acción de los diferentes grupos en el campo de batalla a fin de alcanzar la mayor eficiencia. Para conseguirlo, estableció el mando piramidal e ideó numerosos sistemas para dar órdenes durante los combates.

En caballos tomados a los propios españoles, enseñó a sus hermanos el arte de la equitación que había aprendido en sus años de cautiverio y, especialmente, el empleo de la lanza y del garrote,

como jinetes. Finalmente, organizó todo un sistema de espionaje, tanto para conocer anticipadamente los movimientos del enemigo, como para hacerles llegar falsas noticias que crearan alarma y provocaran operaciones inútiles.

D. ORGANIZACION MILITAR DE LOS CONQUISTADORES

Cuando Pedro de Valdivia (9) inició los preparativos de su expedición a Chile, comenzaron también las dificultades. "No había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían de ella eran los que trujo el Adelantado don Diego de Almagro, que como la desamparó, quedó tan mal infamada, que como de la pestilencia huían della", informa Valdivia a Carlos V en carta del 4 de septiembre de 1545.

Sin embargo, su enorme prestigio personal, sumado a los engaños y frustradas empresas que sufrieron muchos de los mismos almagristas, lo decidió a intentar la conquista de Chile, conformando un grupo que desde ningún punto de vista podía denominarse ejército. Eran sólo partidas de aventureros que se fueron sumando por el camino. La mayor parte iba por su cuenta y riesgo a la conquista de un reino con la seguridad de encontrar en él "qué comer", expresión consagrada en América para designar los repartimientos de tierras e indios, con que esos hombres se veían compensados por sus increíbles sacrificios y sus no despreciables gastos.

Tales partidas acostumbraban hacer "a su costa y minción" (como se decía entonces), buena parte del camino, hasta reunirse en el punto acordado con el jefe de la expedición. El jefe de cada grupo llevaba una serie de "criados", que era el nombre dado

(9) Pedro de Valdivia (1500-1554). Nació en Extremadura. A los 19 años entró a servir en el Ejército español. Peleó en Flandes, Italia y participó en la batalla de Pavía, bajo el mando del Marqués de Pescara. Sirvió en Venezuela y en el Perú a las órdenes de Francisco Pizarro. En 1540 marchó a conquistar Chile y fundó la ciudad de Santiago (12-II-1541) y otras ciudades. Fue el primer Gobernador de Chile y combatió contra los mapuches capitaneados por Lautaro. Logró vencer en algunos combates y finalmente fue vencido y muerto en Tucapel en 1554.

a los compañeros y amigos de cuya mantención se hacía cargo, indios e indias de servicio, esclavos, armas, caballos para sí y los suyos, provisiones de boca y algún ganado lanar para su mantención. Eran especies de pequeños señores feudales que sentaban a su mesa a no pocos soldados.

Cuando las distintas partidas se ponían a las órdenes del capitán de la expedición, se comprometían a guardar las reglas de la disciplina, aunque mantenían bastante independencia, convirtiéndose más en camaradas de sus jefes que en subordinados. Tal organización daba mucha importancia a cada soldado y hacía posible llevar a cabo algunas incursiones, toda vez que el Ejército, al igual que las partidas, se procuraba la vida saqueando el país y despojando a sus desgraciados habitantes.

Debieron haber acompañado a Valdivia, además de los ciento cincuenta españoles, unos mil yanaconas sacados del Perú. Aquellos infelices eran bestias de carga que recibían menos cuidados que los caballos y mulas. Don Crescente Errázuriz calculaba que murieron en el camino no menos de doscientos de estos indios amigos, además de cuatrocientos que se fugaron a la altura de Coquimbo.

Sin embargo, la llegada de Valdivia y sus huestes al valle del Mapocho debió haber sido pintoresca. Además de los soldados, siete frailes mercedarios y una mujer blanca, Inés Suárez. Más atrás, una turba de indios polvorientos, sus mujeres y los niños, todos a pie, más gallinas, cerdos y caballos, que proporcionaban a la columna un aspecto de éxodo bíblico.

Pero esos escasos guerreros montados constituían una enorme fuerza militar, de gran rendimiento en la matanza contra las hordas indisciplinadas y desarmadas de los indios. La agilidad con que se movía el jinete era de vital importancia, ya que, empleando la lanza o la espada, podía herir o matar a varios enemigos en un minuto.

En cambio, el empleo del arcabuz era lentísimo, pues debido a su gran peso había que afirmar el cañón en una horquilla y luego encender la mecha. La faena de carga, entre tiro y tiro, tomaba varios minutos; además, se corría el riesgo de que si llovía se moja-

ra la cuerda, inutilizando el arma. No obstante, a corta distancia era mortífero y producía gran pavor entre los indios por la violencia del estampido y el fogonazo.

Además de estas armas ofensivas, contaban con la ventaja de las defensivas. Armaduras de acero protegían tanto al jinete como al caballo, haciendo inútiles las flechas y lanzas de los indios. Más adelante, los españoles comprendieron que debían alivianar en parte sus defensas, para proporcionar mayor agilidad a sus bestias, especialmente en los terrenos escarpados en que debían combatir. Comenzaron a llevar solamente el peto, la celada, una cota de mallas en el resto del cuerpo y el escudo o adarga.

Es indudable que en materia de organización y táctica debieron haberse apartado de las normas establecidas, sin alterar los principios fundamentales, pues los procedimientos que se usaban en Europa no podían trasladarse, en forma rígida, al teatro de operaciones de Chile, donde no había que resistir cargas de caballería, ni descargas de arcabuces, ni el fuego de la artillería enemiga.

En aquellos años las jerarquías, en comparación con la nomenclatura actual, eran las siguientes (10):

Capitán General	Comandante en Jefe.
Teniente General	Jefe Administrativo del Ejército.
Maestre de Campo	Jefe de Estado Mayor.
Sargento Mayor	Comandante de batallón.
Capitanes, tenientes y alféreces	Oficiales.
Sargentos y cabos	Suboficiales.
Trompetas y soldados	Idem.

(10) Toro Dávila, Agustín. Síntesis Histórico Militar de Chile. Santiago, Editorial Universitaria, 1976.

Como servicios anexos existían los de Justicia Militar, Religioso y Administrativo.

A poco de fundar la capital del Reino, Santiago del Nuevo Extremo, Valdivia creó otras ciudades que, en un comienzo, fueron meros fuertes, guarnecidos por algunos soldados colonos, cuya misión era desarrollar la vida en la zona ocupada y mantenerla protegida de los indios. Estos hombres, que acompañaban a Valdivia, eran a la vez soldados y encomenderos. Manejaban las armas por necesidad y empuñaban la esteva del arado o dirigían el trabajo de los indios de su encomienda, cuando no había combate.

No puede hablarse, por ello, de fuerzas organizadas en la expedición de Valdivia. Eran sólo aventureros que conformaban una empresa de conquista. No obstante, con esta gente incursionó por el territorio de los araucanos y logró algunos éxitos que le animaron a continuar. Pero no advirtió a tiempo que había diseminado sus escasas fuerzas en un gran territorio y que esos indios, más allá del Bfo-Bío, eran diferentes a los que había conocido; ni tampoco supo que en la maraña de la cordillera de Nahuelbuta había surgido un nuevo caudillo, Lautaro, cuya organización y estrategia pondrían fin a sus ambiciones y a sus días.

E. EL LEGADO DE LAUTARO

La posterior repercusión que la obra de Lautaro habría de tener en la guerra de Arauco y la trascendencia que significó para el pueblo araucano, obligan a detenerse por unos instantes en su análisis, aunque sea en forma sinóptica.

Percatándose de la importancia que representaban las armaduras de los españoles, protegió el cuerpo de sus guerreros con corseletes de cuero de lobo marino endurecido y cascos del mismo material. Asimismo, les instruyó en el uso de escudos y parapetos móviles, para defenderse de los arcabuces.

Inventó una serie de armas, cuyo efecto disminuyó la superiori-

dad de las que poseían los españoles. Entre otras, el garrote arrojado que fue decisivo en la batalla de Concepción en 1555 y el lazo, colocado en la punta de una vara de cuatro metros de largo, con el que desmontaban a los jinetes mientras se hallaban ocupados en combatir. Una de las primeras víctimas de este mortífero instrumento fue el propio Francisco de Villagra (11), quien estuvo a punto de sucumbir en la batalla de Marigüeñu.

Creó la caballería araucana y el transporte de infantería montada que iba sobre el anca de las bestias. Esto le permitió dejar caer, en pleno campo de combate, a guerreros de refresco, al tiempo que retiraba a los que se hallaban agotados.

Para defenderse de las cargas de caballería española ideó los pozos tapados con ramas, que se ubicaban en lugares de paso forzoso. En su fondo, aguzadas estacas esperaban a los infelices que caían en ellos. También ideó los "pozos de lobo", hoyos más pequeños destinados a quebrar las patas de los caballos.

Estableció el uso de fortificaciones, tanto frente al enemigo como en su propia retaguardia, "procedimiento que sólo en la penúltima guerra europea ha venido a consagrarse como bueno" (12). Así consiguió proteger las retiradas y garantizar el abastecimiento y las comunicaciones.

Instruyó a sus guerreros en el sentido de que la acción no terminaba cuando el enemigo abandonaba el campo, sino que era menester completarla con la persecución y el aniquilamiento total. Para ello, dispuso tropas especiales que obligaran a los españoles a retirarse por los lugares donde él tenía preparada las trampas.

(11) Francisco de Villagra (1512-1563). Natural del Reino de León. En su juventud fue paje del conde de Bavavente y de la marquesa de Astorga. Sirvió en el Ejército español e hizo la campaña de Túnez. En 1537 se embarcó para el Perú donde combatió contra los indios mojos con Pedro Candía y contra los chriguanos con Diego de Rojas. Llegó a Chile con Valdivia y lo reemplazó en la Gobernación a su muerte. El rey le nombró Gobernador de Chile en 1558. Fue el vencedor de Lautaro en Peteroa.

(12) Téllez, Indalicio. *Una Raza Militar*. Santiago, Imprenta La Sud América, 1944, pág. 45.

A la superioridad de las armas españolas, opuso la ventaja numérica de su gente y les hizo combatir por escuadrones sucesivos, que llegaban al campo con renovados bríos, hasta conseguir el agotamiento total de soldados y caballos enemigos. Creó la atención de los heridos que se retiraban de la acción hacia lugares previstos, donde eran curados por sus mujeres.

Ideó el sistema de formación de piqueros en tres líneas, con cien o doscientos hombres de frente que constituían una muralla infranqueable, erizada de púas clavadas en tierra, capaz de destruir cualquiera carga de caballería. Este tipo de formación fue usado por Alejandro Magno con sus falanges macedónicas el año 334 A.C., contra los persas.

Combinó la formación de piqueros en línea con el ataque de los honderos por los flancos. Los honderos, como cuerpo militar, fueron usados por Aníbal contra los romanos el año 211 A.C. ¿Cómo pudo conocer Lautaro estas tácticas?

Imaginó y enseñó a sus soldados el arte del mimetismo y de avanzar en sigilo, confundiendo con la naturaleza, sin descubrir su presencia. En muchas ocasiones, cuidadosamente ocultos, dejaron pasar a los españoles para atacar sorpresivamente su retaguardia.

Convenció a sus naturales de que la propia retirada no era cobardía, sino que podía usarse como un ardid, cuidando siempre de retroceder por lugares estudiados de antemano.

Estableció el procedimiento de explorar los terrenos antes del combate y siempre él escogió el campo de batalla, lo que le permitió realizar los planes que había ideado, aprovechando el lugar con maestría.

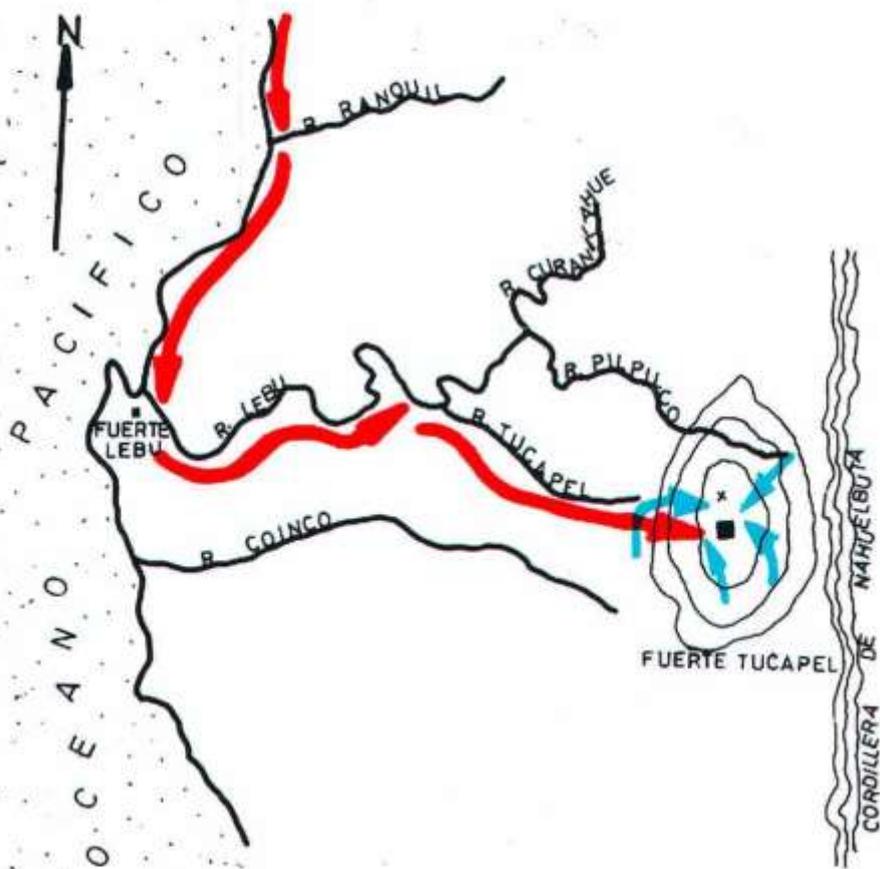
F. PRIMER EJERCITO ESPAÑOL ORGANIZADO

El primer esfuerzo serio por organizar un ejército que pudiese acabar, de una vez por todas, con la obstinada resistencia araucana,

CIUDADES Y FUERTES FUNDADOS POR PEDRO DE VALDIVIA



BATALLA DE TUCAPEL 1º.I.1554



REFERENCIAS
MAPUCHES 5.000
ESPAÑOLES 50



fue intentado por el Virrey del Perú Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, al enviar a su hijo don García, al mando de una fuerte expedición.

“A fines de 1556, había reunido en Lima más de 500 caballos y no menos de 450 soldados” (13). Además, por cuenta del tesoro real, se acumularon grandes cantidades de armas, municiones y todo género de elementos bélicos.

Antes de iniciar el cruce del Bío-Bío y tras haber sufrido el ataque al fuerte de San Luis, García Hurtado de Mendoza (14) logró reunir alrededor de quinientos soldados españoles, cuatro mil indios amigos y mil caballos (15), que organizó de la siguiente manera:

Coronel	Luis de Toledo
Maestre de Campo	Juan Remón
Alférez, General o Mayor	Pedro de Portugal
Sargento Mayor de Caballería	Pedro Aguayo
Sargento Mayor de Infantería	Pedro de Obregón
Capitanes de Caballería	Rodrigo de Quiroga
	Alonso de Reinoso
	Francisco de Ulloa
Capitanes de Infantería	Felipe de Mendoza
	Alonso Pacheco
	Vasco Suárez de Avila

- (13) Encina, Francisco Antonio. *Historia de Chile, desde la Prehistoria hasta 1891*. Santiago, Editorial Nascimento, 1947. Tomo I, pág. 487.
- (14) García Hurtado de Mendoza (1535-1609). Natural de Cuenca. Segundo hijo del Marqués de Cañete. Gobernador de Chile, designado por su padre el Virrey del Perú Andrés Hurtado de Mendoza. Combatió contra los araucanos, a los que venció en Lagunillas, Millarapue y Quiapo. Fundó algunas ciudades en Chile y fue relevado por el Rey en 1560. Fue más tarde Virrey del Perú. Bajo su Gobierno, Ladrillero exploró y tomó posesión para Chile del Estrecho de Magallanes. Su administración se caracterizó por su actividad.
- (15) Errázuriz, Crescente. *Don García Hurtado de Mendoza*. Santiago, Imprenta Universitaria, 1914, págs. 135 y 136.

Alférez a cargo de los
arcabuceros a caballo
Capitán de Artillería
Reemplazante del alférez
General (por su edad)

Pedro del Castillo
Francisco Alvarez de Berrío

Juan Jufré

La expedición de Hurtado de Mendoza traía todos los elementos necesarios para vengar las derrotas sufridas por Valdivia en Tucapel y por Francisco de Villagra en Marigüeñu, a la vez que detener el avance aplastante de los araucanos que había iniciado Lautaro. Las hazañas del joven caudillo habían llegado a oídos del Virrey del Perú y el clamor de los habitantes de Chile, que culpaban a Villagra de ineptitud, le movieron a nombrar a su hijo Gobernador de Chile. El Virrey tenía una elevada opinión de este mozo de veintiún años que había dado grandes pruebas de valor en Córcega, Toscana y Renty. Mas, si bien es cierto que los medios de que disponía el nuevo Gobernador eran aplastantes, don García no estaba en antecedentes de los cambios que se habían operado en el Ejército araucano, bajo la hábil conducción de Lautaro. El genial estratega indio era para él sólo un rebelde y más culpaba a los soldados españoles avecindados en Chile, a quienes calificaba de aventureros sin preparación militar, que a la nueva organización de las fuerzas mapuches.

Tan ignorante se hallaba Hurtado de Mendoza de lo que ocurría en este Reino, que venía dispuesto a acabar con el caudillo, sin saber que ya había rendido su vida en Peteroa. Pero la obra de Lautaro no había terminado con su aliento. Su mayor labor fue la de haber creado una nueva escuela, de la que sus guerreros fueron fieles seguidores.

Aunque los combates de Lagunillas y Millarapue mermaron sus fuerzas, los araucanos sacaron enorme experiencia de ellos y endurecieron sus enfrentamientos. Más aún, desengañados del combate a campo abierto, construyeron un fuerte, de acuerdo a las enseñanzas de Lautaro.

“Comenzando por hacer que su fortaleza cumpliera con la primera de las exigencias que la táctica impone, la de obligar al enemigo a atacarla, eligieron para su asiento un punto situado entre Cañete y Concepción, paso obligado de las tropas que marcharan de una a otra ciudad” (16). Este lugar fue Quiapo y el fuerte, de resistentes murallas, apoyaba un flanco en un pantano que hacía muy difícil el avance a pie o a caballo. Otro de los costados daba a una quebrada, que aseguraba la retirada sin persecución y sus alrededores estaban llenos de excavaciones y hoyos para que cayeran en ellos los soldados y las bestias enemigas. Su disposición era tal, que uno de los testigos señala: “el fuerte era de calidad que en Italia no se podía hacer mejor” (17). Aprovechando las armas tomadas a los españoles, lo habían dotado de arcabuces y cañones.

Es admirable la habilidad de este pueblo para la guerra, cualidad que más tarde va a ser herencia del soldado chileno, cuando la Colonia termine para dar paso a la Independencia. Esta admiración se justifica más al compararla con otras grandes razas americanas (incas y aztecas) que, pese a poseer un alto grado de cultura, no asimilaron el menor provecho bélico en su brega contra los españoles. Lucharon con las mismas armas y procedimientos desde el comienzo hasta el final de su conquista. En cambio, los araucanos se adaptaron al arte militar español, creando armas y cambiando sus tácticas en cada nueva etapa de la guerra.

Impedido de atacar frontalmente el fuerte, don García intentó romper la resistencia con el fuego de sus cañones; mas “los indios cuando se disparaba la artillería se echaban en tierra y después de pasadas las pelotas, tomaban las armas guardando su puesto” (18). Viendo que el combate se prolongaba demasiado, envió una partida de arcabuceros para que, avanzando a través del pantano, prac-

(16) Téllez, Indalicio. *Historia Militar de Chile*. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931, pág. 112.

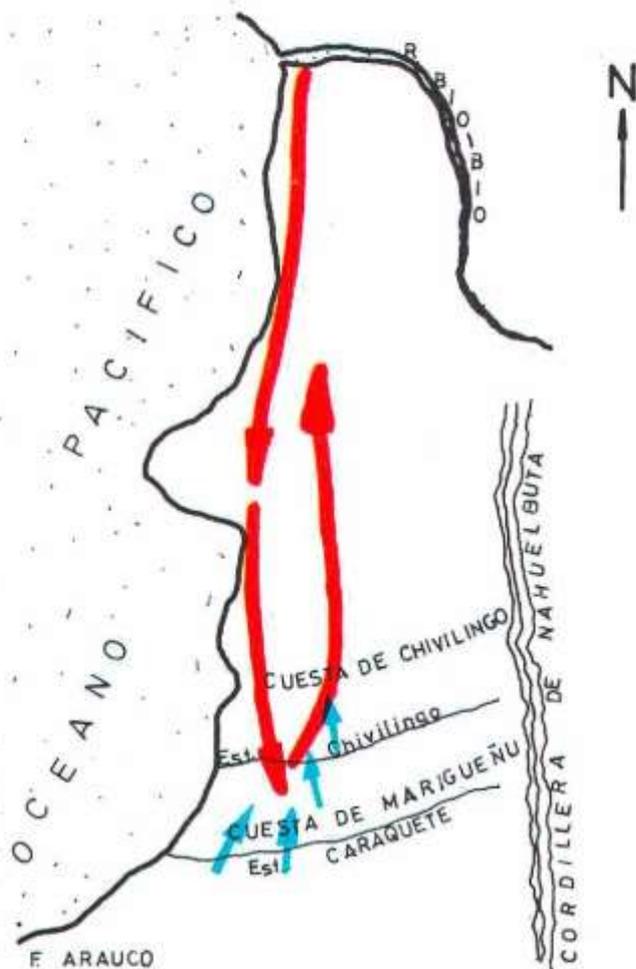
(17) Declaración de Martín de Guzmán en la cobranza de servicios de don García de Mendoza y Manrique. (XXVII, 114).

(18) Góngora Marmolejo, Alonso de. *Historia de Chile desde su Descubrimiento hasta 1575*. Madrid, Imprenta de la Real Academia de Historia, 1852.

ticaran una abertura y lograran atacar a los indios por la retaguardia que habían descuidado. Quiapo fue la última acción de importancia que ocurrió durante el Gobierno de García Hurtado de Mendoza, quien se retiró de Chile convencido de haber pacificado totalmente la Araucanía.

Sin embargo, en la segunda rebelión del pueblo mapuche en 1561, los españoles sufrieron una desastrosa derrota en Lincoya y los indios mantuvieron su enconada resistencia durante el transcurso de los años sin que la Corona se decidiera a crear una organización militar estable.

BATALLA DE MARIGÜENU
23.II.1554



REFERENCIAS

MAPUCHES 5.000

ESPAÑOLES 180 h. y 6 cañones





Francisco de Villagra

CAPITULO II

EL GOBERNADOR ALONSO DE RIBERA

A. ORIGENES DE LA GRAN SUBLEVACION DE 1599

Al extinguirse el siglo XVI, la Guerra de Arauco había experimentado cambios fundamentales. El soldado extraordinario llegado con Pedro de Valdivia o en los años subsiguientes, con ansias de levantar solares y crear linajes, se había ido transformando lentamente en propietario. Víctima permanente del ataque de los indios, perdió reiteradamente sus cosechas y hubo tiempos en que tuvo que vestirse con harapos. Superando las variadas y difíciles condiciones climáticas y viviendo permanentemente con las armas en la mano, logró conquistar el suelo y hacerle rendir sus frutos.

Mas, la carga fue agobiante. El encomendero debía presentarse a las filas cada vez que la autoridad lo llamaba, aportando hombres, armas y dinero, pues los gobernadores exigían continuas derramas sobre él para financiar el costo de la guerra. Estas fuerzas armadas, compuestas por colonos-soldados, carecían de organización militar y su aporte no era capaz de compensar el enorme adelanto que, simultáneamente, iban ganando los araucanos.

El Gobernador Alonso de Sotomayor (19) fue el primero que

- (19) Alonso de Sotomayor. Soldado profesional que se había batido en Flandes, haciéndose notar por su valor. Designado Gobernador de Chile en 1581 por Felipe II. Encontró el país en ruinoso estado y puso orden en la administración, demostrando personalidad y capacidad superiores. Debió hacer frente a los alzamientos araucanos de 1585 y a las correrías de los piratas ingleses Cavendish y Merrick. El Rey le relevó de su Gobernación en 1591 y le nombró por segunda vez en 1604; Sotomayor rechazó el cargo. Murió siendo miembro del Consejo de Indias, en 1610.

vislumbró la necesidad de mantener en el Reino un ejército permanente y profesional que se encargara de la guerra y permitiera al encomendero dedicarse a la producción agrícola, pues los frutos eran tan importantes para las acciones bélicas como las propias municiones.

Los constantes pedidos de refuerzos que los gobernadores hacían a la Corona, no tenían eco. Los hombres que se podían reunir en España no eran la flor y nata de sus ejércitos, sino los sobrantes de la guerra que se mantenía en Europa. Los pocos que se lograban reclutar en el Perú eran el desecho de los vagabundos y, las más de las veces, mestizos de bajo valor combativo que, en presencia de los férreos araucanos, abandonaban el campo con terror. Famosa se hizo la frase: "prefiero que me echen a las galeras, antes de ir a Chile", frente a las levas que iniciaban continuamente las autoridades peruanas para allegar recursos.

Los gobernadores insistían en que se enviaran hombres de Castilla, mas la Corona, con sus arcas casi vacías, no prestaba oído a las peticiones de un reino cuyos escasos beneficios costaban tantos esfuerzos.

El sistema de guerra había evolucionado fundamentalmente. Las grandes batallas entre el Ejército español y el indígena fueron cediendo lugar a otra modalidad más ágil y remunerativa: las *malocas* y *malones* (20), incursiones en campos enemigos en las que se buscaba preferencialmente la obtención de un buen botín. Para los *mapuches* significaban armas, pertrechos y cautivas; para los españoles, la caza de "presas" (indios) que más tarde serían destinados al servicio personal o al comercio de esclavos que, gracias a la escasez de obra de mano imperante en Chile y en el Perú, había llegado a constituir un excelente negocio para los integrantes de las tropas peninsulares.

Mientras la organización militar de los españoles se había ido deteriorando, los araucanos fueron mejorando sus ejércitos y sus

(20) Malocas = incursiones que hacían los españoles contra los araucanos.
Malones = las que hacían los araucanos contra los españoles.

armas, cambiando las batallas campales por la guerrilla de montañas en las que eran hábiles artífices de argucias y estratagemas. Cada ataque sorpresivo les aportaba una nueva cantidad de elementos bélicos, especialmente caballos, hasta llegar a poseer una caballería más numerosa y mejor que la castellana.

González de Nájera informa al Rey que los indios "acostumbran en campaña no menos de dos y tres mil caballos y haciendo algún esfuerzo, aún los llegan a los cuatro mil; y que a su respecto es muy inferior el número de los que tienen los nuestros, pues ordinariamente, campeando los veranos, no juntan más de cuatrocientos; y en caso que se reforzasen (para lo cual será necesario sacar los pocos de la guardia y guarniciones que tienen en algunos fuertes) no pasarían de seiscientos, porque se han ido disminuyendo en los nuestros, al paso que en los indios se han ido aumentando" (21).

Las cabalgaduras españolas servían no sólo para la guerra, sino también para el transporte y la carga. Las tropas que partían de la capital debían recorrer más de cien leguas de trabajoso camino y cruzar nueve ríos para llegar hasta el teatro de operaciones, donde se enfrentaban a enemigos montados en caballos frescos y bien alimentados.

El nombramiento de Martín García Oñez de Loyola como Gobernador, no fue el más atinado para los momentos que Chile vivía en esos últimos años del siglo XVI. Siendo un militar valeroso, de gran corrección y dignidad, carecía de la astucia y perspicacia para luchar contra los araucanos.

Lleno de ingenuidad y candidez, inició una campaña de pacificación, tratando de atraer a los indios con halagos y presentes. Cuando hacía prisioneros, los devolvía a sus tierras cargados de herramientas para el trabajo agrícola, cuchillos, hachas, comida y vestidos. En esta forma, durante cuatro a cinco años, fue aportando todo lo necesario para la gran sublevación que los mapuches

(21) González de Nájera, Alonso. Obra citada. Pág. 107.

venían preparando desde que había surgido un nuevo caudillo, Pelantaru, que los llevaría a la destrucción total de las siete ciudades que los hispanos habían logrado establecer al sur del Bío-Bío.

Al decir de Encina, Oñez de Loyola no sólo contribuyó a la caída de esas plazas, sino que colocó también en manos de los indios el cuchillo con que habrían de degollarlo.

A fines de 1598, don Martín Oñez de Loyola se dirigía desde La Imperial a Angol, al frente de una columna de 50 españoles y 300 indios auxiliares, dispuesto a poner término a la insurrección indígena que había prendido en la región. Se pasó al reposo en un lugar llamado Curalaba, a orillas del río Lumaco. Al amanecer del día 23 de diciembre cayó, por sorpresa, sobre el destacamento, una verdadera avalancha de mapuches, conducida por el cacique Pelantaru. No quedó español ni indio auxiliar vivo...

El doloroso suceso fue la señal de partida del alzamiento en 1599 de la totalidad de las tribus del sur del Bío-Bío. Los conquistadores, dispersos en el territorio e inhibidos de mantener la comunicación entre ellos en medio de una zona boscosa y hostil, fueron atacados en todas partes y se vieron forzados, en más de una ocasión, a abandonar posiciones indefendibles. "Los años de 1599 y 1600 marcan la hora cumbre de la angustia y del heroísmo —anota el historiador Jaime Eyzaguirre. Concluye así el siglo XVI con la ruina de gran parte de la obra española en Chile" (22).

Por su parte, Francisco Antonio Encina agrega que lo que convirtió la sorpresa de Curalaba "en un desastre de consecuencias trascendentales fue el momento en que se produjo. Por un lado, la voluntad guerrera de los españoles atravesaba por una crisis y, por otro, los preparativos militares que los mapuches venían haciendo en secreto, desde que se dieron cuenta de la candidez de Oñez de Loyola, casi tocaba a su término" (23). Continúa diciendo más adelante el autor:

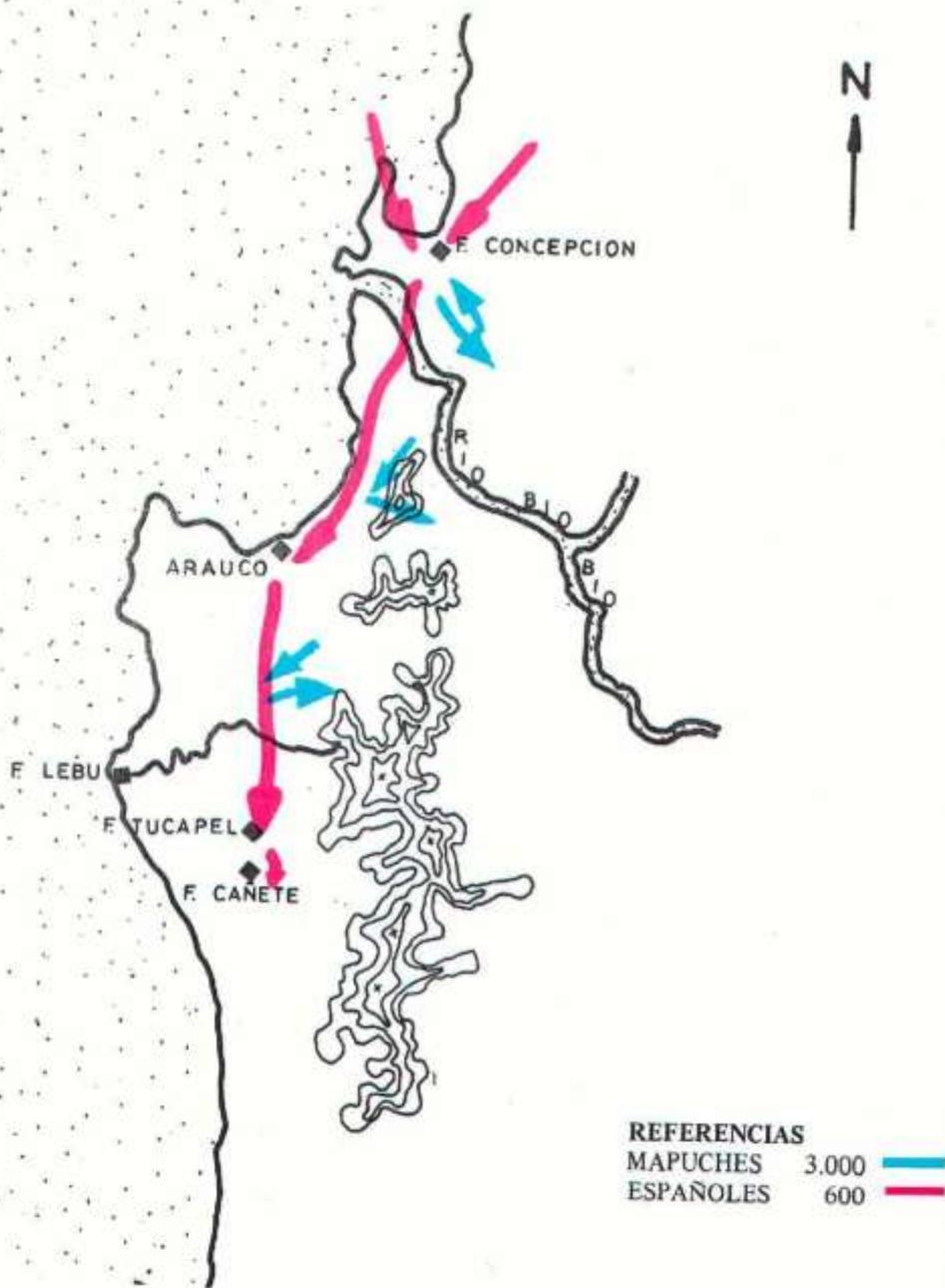
(22) Eyzaguirre, Jaime. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1973. Tomo I, pág. 96.

(23) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo II, pág. 155.



García Hurtado de Mendoza

CAMPAÑA DE GARCIA HURTADO DE MENDOZA - 1557



“Curalaba sorprendió a los españoles agotados material y moralmente y a los mapuches, en el máximo de eficiencia militar que hasta ese momento habían alcanzado...” (24).

Estos graves sucesos movieron a la Corona a confiar el Gobierno del Reino de Chile a un jefe militar de especial capacidad para el mando y la conducción, capaz de llevar a cabo la pacificación del Arauco indómito. Pidió, pues, al Consejo de Indias que le propusiera el profesional más indicado para el caso. El Consejo consultó al más connotado general de los tercios españoles, el Duque de Fuentes y éste recomendó a uno de sus mejores oficiales: el Sargento Mayor Alonso de Ribera (25). En 1599, cuando Felipe III le confió el honroso cargo, contaba éste con unos 40 años de edad y 24 años de relevantes servicios en las guerras de Flandes y de Francia. Su nombre aparecía ligado a los hechos más heroicos en Chatelet, Dourlens, Cambrai, Calais, Huls, Maestrich, Amberes, Corbeil y Chapelle. Era, además, de una cultura sobresaliente para su época y que, no satisfecho con su preparación profesional, había profundizado en el conocimiento de las matemáticas.

“Jamás el Rey había enviado a sus lejanas posesiones de América un soldado que poseyera antecedentes militares más distinguidos y mejor comprobados” (26).

Ribera partió de Sevilla en 1600 y a su paso por Panamá se detuvo a conversar con el ex Gobernador de Chile Alonso de

(24) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo II, pág. 156.

(25) Alonso de Ribera y Zambrano (1560-1617). Nació en Ubeda, Andalucía. Militar desde muy joven, sirvió en numerosas campañas a las órdenes de los mejores capitanes de España, en Flandes, la Armada Invencible, y en Francia en 1590, 1594 y 1595, bajo el mando de Alejandro Farnesio, distinguiéndose en numerosas batallas y sitios de fortalezas.

En 1599 Felipe III lo designa Gobernador de Chile, donde arriba en 1600. Se le considera el creador del Ejército de Chile, por haber sido quien concibió y consiguió del Monarca la formación de una fuerza permanente, para guarnecer los fuertes de la Frontera del Bío-Bío. Reemplazado en su cargo en 1605, volvió a ser Gobernador desde 1610 a 1617. Hizo numerosas campañas contra los mapuches y le tocó poner en práctica el plan del padre Luis de Valdivia, en la llamada Guerra Defensiva. Falleció el 19 de marzo de 1617, habiendo sido uno de los mejores Gobernadores de Chile.

(26) Barros Arana, Diego. Historia General de Chile. Santiago, Editorial Nascimento, 1931. Tomo III, pág. 367.

Sotomayor. Este se adelantó a informarlo ampliamente sobre la situación de la Guerra de Arauco y las razones que la hacían interminable.

El nuevo Gobernador y Capitán General desembarcó en Concepción el 9 de febrero de 1601, con 260 hombres regularmente equipados. Empezó pronto a poner en práctica el plan de operaciones que había concebido en el trayecto entre Panamá y Chile y que resultó ser completamente distinto al de sus antecesores en el mando. Lejos de dispersar sus fuerzas en ciudades y fortalezas en pleno campo enemigo (que las dejaba a merced de la agresión permanente de la indiada) y en la imposibilidad de recibir refuerzos, se propuso establecer una línea defensiva en la entrada de la zona adversaria, a fin de ir penetrando gradualmente en el corazón de la misma. A la par, con cada avance iríanse instalando los fuertes destinados a afianzar las conquistas, de modo que quedara siempre a la espalda la zona definitivamente pacificada.

Comprendió, en otras palabras, que el mayor error cometido por sus antecesores había sido el dispersar sus fuerzas en tan vasto y accidentado territorio. Y es así como, en vez de obedecer la orden del Virrey de desembarcar en Valdivia a fin de socorrer a Osorno, La Imperial y Villarrica, prefirió hacerlo en Concepción. Su aguda inteligencia le había hecho comprender que era indispensable establecer una línea defensiva en el río Bío-Bío, con miras a evitar que los mapuches lo cruzaran, con el propósito de caer sobre Concepción o sobre Chillán. En la región al norte de éstas, los habitantes podrían dedicarse, tranquilamente, a producir los alimentos que el país tanto necesitaba. Paralelamente, la presencia del fuerte de Arauco era una verdadera cuña enclavada en territorio indígena y destinada a calmar las rebeldías de las tribus aborígenes.

B. CREACION DEL EJERCITO PERMANENTE

Desde el momento mismo en que el benemérito Sargento Mayor de los tercios peninsulares pisó tierra chilena, advirtió, ade-

más, que sería imposible adelantar un paso en la difícil empresa de conquista con soldados improvisados y carentes de todo vestigio de disciplina.

La situación militar del país era, naturalmente, desastrosa. Sin contar las tropas que guarnecían las ciudades australes y de las cuales no se tenía la menor noticia desde hacía más de un año, el Ejército fluctuaba entre los 1,100 y 1.400 hombres, incluidos los 260 traídos desde Europa. De este total, sólo 500 tenían valer militar. La prolongada y cruenta lucha con el elemento aborigen, la ausencia de oficiales y soldados formados en un Ejército regular y la incorporación en las filas de elementos indeseables, tenían que hacerse fuego, necesariamente, con la disciplina y el orden. "Estaba esta gente tan mal disciplinada y simple en las cosas de la milicia —escribía Ribera al soberano— que nunca tal pudiera imaginar ni me sería posible darlo a entender" (27). Algún tiempo más tarde insistía:

"Certifico a V.M. que es esto en tanta manera que (los soldados) son más bárbaros que los propios indios, que ha sido milagro de Dios, conforme a su proceder en la guerra y en la paz, que no los hayan echado de la tierra y degollado muchos años ha" (28).

Durante las marchas, infantes y jinetes avanzaban revueltos con los bagajes, porque —a pesar de que, al partir, se señalaba a cada unidad el lugar que le correspondía— todo orden se esfumaba desde el momento en que cada cual se ocupaba especialmente de cuidar su equipo particular, los indios de servicio y las indias concubinas que le acompañaban. No andaban mejor las cosas en cuanto al régimen de cuartel. Los soldados no se alojaban en los locales de sus respectivas compañías, sino en el lugar donde les parecía más apropiado. Aun en las ciudades iban a dormir en las casas de sus parientes y amigos y de allí que, cuando era preciso disponer una salida, debía darse la orden correspondiente con un día de anticipación, por lo menos.

(27) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo II, pág. 338.

(28) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo II, pág. 342.

Mientras en campaña, la tropa reposaba, los centinelas olvidaban su obligación de estar alertas y se entregaban al sueño como en el mejor de los mundos. No es difícil, pues, explicarse la sangrienta sorpresa de Curalaba, en diciembre de 1598.

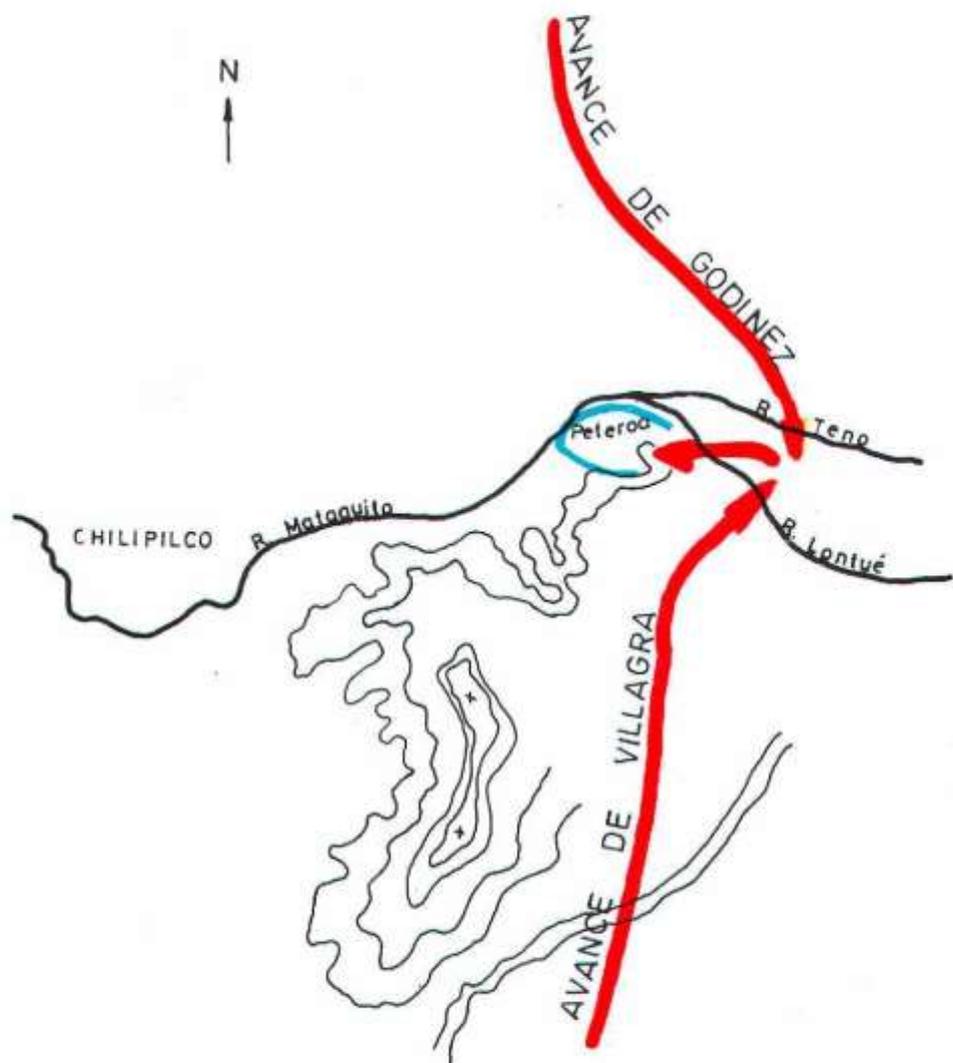
Tampoco se guardaba la disciplina en el combate. “Cuando (los castellanos) se ven con el enemigo, van tanteando —escribía Ribera— y si el enemigo huye, lo siguen sin ningún orden ni concierto, sin aguardarse capitán ni oficial, ni hacerse tropa para su resguardo, ni otra ninguna prevención de soldados y no saber qué es obediencia”.

Panorama tan poco edificante movió al Gobernador a proponer al Rey la creación de un Ejército permanente, numeroso y disciplinado. Escribió varias cartas al Monarca; ellas y las constantes súplicas de los particulares inclinaron a aquél a satisfacer tan apremiante necesidad. Efectivamente, por Real Cédula de enero de 1603 el Rey Felipe III disponía la creación de un Ejército de 1.500 hombres y hacía saber que pronto enviaría un socorro de 1.000 soldados. En realidad, sólo fueron enviados 953, a las órdenes del Sargento Mayor Luis de Mosquera, debido a las dificultades con que se tropezara en el reclutamiento. De éstos llegaron a Santiago solamente 400, vía Buenos Aires, a las órdenes de los Capitanes Pedro de Salinas, Gregorio de Puebla y Alonso González de Nájera.

La Real Cédula de enero de 1603 autorizaba, asimismo, al Virrey del Perú a fijar los sueldos que habría de percibir el personal militar. Para tal efecto el Monarca elevaba a 120 mil ducados la subvención anual o Real Situado, que debía suministrar el tesoro real del Virreinato a las fuerzas de Chile.

Con fecha 22 de enero de 1604 el Mandatario dispuso se diera a conocer por bando tan feliz nueva. “Se hace saber lo susodicho a los soldados y oficiales —se expresaba en su texto— para que todos los que quisieran venir a sentar sus plazas debajo de las dichas reales banderas en la orden que queda dicha, se les darán los dichos sueldos, conforme a la plaza que cada uno sir-

BATALLA DE PETEROA
29.IV.1557



REFERENCIAS

MAPUCHES 800
ESPAÑOLES 100



viere". Por otra parte y, a través de una Real Cédula posterior (septiembre de 1604), el Monarca español tenía a bien fijar los sueldos de la oficialidad y tropa del flamante Ejército del Reino. El maestro de campo debía ganar 100 ducados al mes; el sargento mayor 50; el capitán 50; el teniente y el alférez 20; el sargento 12; el soldado 10; el cirujano mayor 250 al año; el vicario y capellán 300 al año, etc.

Enorme actividad hubo de desplegar el Gobernador para organizar sus tropas. Hizo confeccionar en Santiago una buena cantidad de uniformes para los recién llegados, que venían casi desnudos y sin armas. Recogió a todos los soldados que andaban dispersos en los alrededores de la capital y consiguió mayores auxilios del Virrey del Perú.

Ribera tuvo que aplicar mano dura para restaurar la disciplina y establecer las normas militares, tanto en los cuarteles como en las campañas. Entre otras cosas, prohibió terminantemente la entrada de naturales a los cuarteles y, cuando se presentasen en embajadas a parlamentar, debían ser introducidos a los fuertes con los ojos vendados, lo que fue un rudo golpe para el servicio de información de los indios. Igualmente, expulsó del Ejército a las "rabonas o camaradas", que tantos desórdenes causaban.

A fin de no depender de los socorros que el Virrey buenamente le quisiese o pudiese enviar, creó en Chile los medios que se necesitaban para dar movilidad a las tropas. Estableció las primeras industrias militares del país. Dispuso que funcionara en Melipilla un taller para la confección de frazadas, telas burdas y cordellate (cuero de cabra). En Santiago empleó a todos los artesanos expertos en fabricación y reparación de armas, además de hilanderos, zapateros, sastres y otros, que se dedicaron a la producción de uniformes para sus soldados. Montó, también, una curtiduría y los talleres necesarios para elaborar arreos, arneses, monturas y prendas de cuero. En Concepción organizó una fábrica de carretas, para transportar las provisiones durante las campañas. Todo lo que se confeccionaba era pagado, haciendo que las industrias desplegaran inusitada actividad. Así evitaba las derramas, las cuales eran apor-

taciones en especie hechas más o menos en forma voluntaria, por los pobladores.

Para abastecer a su Ejército, creó haciendas que proporcionaran pan, trigo, carne, caballos y otros alimentos. "Dedicó la isla Santa María y tres estancias, la de Loyola, entre Chillán y Concepción; la de Catentoa, entre el Maule y Chillán; y la de Quillota, a este fin" (29). "En 1604, cosechó 7.410 fanegas de trigo, 500 de cebada y 200 de papas. La estancia de Loyola tenía 6.000 ovejas y la de Longaví 6.000 vacas. Cosechó también cáñamo, para hacer cuerda y mechas para los arcabuces. En 1607, la estancia de Loyola dejó de utilidad \$ 53.192,80 y la de Catentoa \$ 75.180" (30).

Como vemos, la diligencia del Gobernador no sólo le permitió abastecer su Ejército, sino además consiguió aumentar los recursos económicos para la Guerra de Arauco. En esta forma dejó libres a los particulares para continuar exportando sus productos al Perú, con lo que se normalizó el comercio exterior de Chile. La aventajada mente de Ribera le había hecho comprender que no se podía crear un país y al mismo tiempo hacer la guerra. Por ello, era también importante preocuparse del problema político. Sus medidas hicieron que todo el territorio al norte del Bío-Bío desarrollara en paz sus actividades comerciales, agrícolas y mineras, alcanzando el máximo de producción. La prosperidad comenzó a llegar, por fin, a esta tierra tan vapuleada.

Junto a estas medidas, consiguió que los sueldos se pagaran oportunamente a los soldados y logró incrementar su número con nuevos refuerzos que le llegaron. El establecimiento de las formas militares, el cumplimiento riguroso de las disposiciones y la severa disciplina, consiguieron transformar a las desorganizadas huestes que recibió, en un ejército permanente y profesional.

Obtuvo, también, que el Monarca fijara una escala de remuneraciones y ofreció repartimientos de indios a los soldados que se dis-

(29) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Pág. 384.

(30) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Pág. 384.

tinguiesen en la guerra. Su idea era que, tras algunos años de servicio, los soldados se convirtieran en nuevos colonos que aumentarían la población civil española.

En cuanto a la organización militar, introdujo importantes reformas. Hasta su llegada, se consideraba a la Caballería como el *Arma principal*, quedando la *Infantería* y la *Artillería* relegadas a un papel secundario. Formado como soldado en una España que se hallaba en el Renacimiento, opinaba que Chile, más que ningún otro país, se prestaba para sacar gran partido de la *Infantería*, gracias a su particular topografía. "Hay pasos (comenta) donde cincuenta infantes se pueden defender de mil caballos y caminos tan estrechos y con tanta maleza donde mil caballos no van seguros de cincuenta infantes".

Aplicando este criterio, transformó a la *Infantería* en un Arma importantísima. No obstante, determinó que en cada división de quinientos hombres hubiera por lo menos doscientos montados. A estos escuadrones les correspondía la misión de repeler los súbitos ataques indígenas, de luchar en campo llano, realizar la persecución y conseguir el aniquilamiento del enemigo.

Sin embargo, mientras más grandes son los hombres, más expuestos están a las críticas. Hasta la Corte de Madrid sólo llegaban los contornos de la Guerra de Arauco, empobrecidos, incluso, por la maledicencia de los pobladores afectados y de los aspirantes a la Gobernación. Los enormes adelantos introducidos por Alonso de Ribera se opacaban ante la pérdida de las ciudades del sur, que achacaban a su falta de experiencia para guerrear contra los araucanos. Las torpes mentalidades de esos consejeros no alcanzaban a vislumbrar la prosperidad de la zona central y norte del país, ni el completo cambio en la organización del Ejército.

Fue así como en España se volvieron los ojos a Alonso de Sotomayor, a la sazón presidente de la Audiencia de Panamá, cargo delicado que había desempeñado con raro éxito y fortuna. Como de costumbre, buscaban más que un sistema, al hombre milagroso que los salvara del desastre. Pero Sotomayor, que demasiado bien

conocía como se daban las cosas en Madrid y que jamás contaría con los medios ni la autoridad necesaria para lograr la pacificación, declinó el cargo, aduciendo su estado de salud. Comprendiendo que era inútil insistir, el Rey nombró Gobernador de Chile a Alonso García Ramón, quien, además de su brillante hoja de servicios en España, agregaba una larga experiencia en la Guerra de Arauco.

Mas, como en la Corte no osaban dudar de la capacidad militar de Ribera, sino le imputaban sólo su falta de experiencia con los mapuches, se acordó trasladarle a Tucumán en el cargo de Gobernador.

Es interesante recordar que, hasta las postrimerías del siglo XVIII, Chile será la única Colonia que tuvo un Ejército Permanente. En los demás dominios hispánicos se logró organizar un cuerpo militar estable, pocos decenios antes de iniciarse la Independencia bajo el reinado de Carlos III. Hasta esa época se mantuvieron las milicias de voluntarios que se levantaban cuando había algún peligro y se disolvían cuando éste pasaba.

La creación de un ejército regular y el establecimiento del Real Situado para pagarlo y aprovisionarlo, produjeron notables consecuencias sobre el desarrollo de la Capitanía General de Chile. Veamos algunas de ellas:

1. Se pacificó definitivamente el territorio nacional entre Copiapó y el río Maule.

2. Se modificó en los centros urbanos ubicados en esta zona su fisonomía exclusivamente militar al dar a sus vecinos la seguridad de haber desaparecido el peligro de los indios comarcanos.

3. Se permitió una significativa expansión de las explotaciones agropecuarias, que se expresó en el precio de los productos y en el aumento del número de personas que se dedicaban a estas actividades. En el siglo XVI encontramos en Concepción 39 estancias; en el siglo XVII este número llega a 106. Chillán registra en la primera de estas centurias 18 haciendas, que aumentan a 27 en el



Alonso de Sotomayor



Tambor español del siglo XVI

siglo XVII.

4. Los ingresos fiscales se elevaron considerablemente. Los diezmos se arrendaban en el siglo XVI en \$ 800 en Concepción y en \$ 300 en Chillán. En el siglo XVII se pagaron por este arriendo \$ 4.000 en Concepción y \$ 1.300 en Chillán (31).

5. El aumento de las actividades agropecuarias que trajo consigo el establecimiento de un ejército permanente, permitió iniciar las primeras exportaciones de trigo, charqui, sebo, cordobanes y suelas al Perú, Guayaquil y Panamá.

6. En los siglos XVI y XVII y hasta promediar el siglo XVIII no será Santiago, sino Concepción el centro urbano de mayor vitalidad, por su proximidad a importantes guarniciones militares.

Santiago no fue desde un comienzo la capital de la futura Capitanía General. Primero lo fue Concepción. Allí estuvo radicado desde 1567 hasta 1574 el más alto tribunal de justicia colonial: la Real Audiencia. Sólo a comienzos del siglo XVII fue Santiago realmente la capital del Reino. No obstante, se mantuvo la antigua importancia de Concepción, que se manifestó en la obligación impuesta por Felipe II a los Gobernadores de residir seis meses en Santiago y otros seis en Concepción. Esta ciudad, a lo largo de toda la Colonia, tuvo la categoría de Capital Militar de Chile con residencias de los principales cuerpos del Ejército permanente.

Demográficamente se manifestó también esta preeminencia. A mediados del siglo XVII, Santiago tenía una población que bordeaba escasamente las 3.500 almas; Concepción, en cambio, sobrepasaba las 4.000.

7. El Real Situado permitió a los colonos salir de la extrema miseria en que los mantenían las contribuciones de guerra o derramas; creó, al mismo tiempo, un poder comprador de cierta importancia. Aunque éste no fue equivalente al monto total del Situado,

(31) Archivo Nacional. Papeles del siglo XVI. Legajo 472. "D. Antonio Parisi, Procurador del Reyno de Chile, contesta un Memorial presentado por el padre Luis de Valdivia al Rey en el año 1670".

que en un comienzo se enviaba parte en mercaderías y parte en dinero, en el siglo XVII representó un aumento del poder comprador de los militares que se calcula en unos \$ 100.000 a \$ 120.000 al año.

Las guarniciones militares constituyeron un evidente estímulo para el desarrollo económico de la Colonia. En el siglo XVIII la sola plaza militar de Valdivia consumía 1.450 raciones diarias, lo que mensualmente representaba una demanda de 326 quintales de charqui y 420 fanegas de harina. En carta de Juan Clarke al Gobernador Joaquín del Pino se informa que Vicente Agüero, Manuel Básquez, Javier Carrasco y José Arriagada, agricultores y vecinos de Valdivia, se han comprometido vender a la guarnición de la plaza 1.400 fanegas de harina (cada fanega de seis arrobas) y 3.950 quintales de charqui.

CAPITULO III

EL GOBERNADOR ALONSO GARCIA RAMON

A. SITUACION MILITAR AL ASUMIR EL NUEVO GOBERNADOR

En el recién construido fuerte de Paicaví, Ribera entregó el mando a Alonso García Ramón el 9 de abril de 1605. El nuevo Gobernador traía un contingente de doscientos hombres, más armas y municiones, que le acababa de entregar el Virrey del Perú Gaspar de Zúñiga y Acevedo, Marqués de Monterrey.

Corto tiempo después arribaron doscientos cincuenta soldados provenientes de Méjico y, finalmente, el 5 de noviembre llegaron desde España, por la vía de Buenos Aires, otros 953, al mando de Antonio de Mosquera. Este último grupo correspondía al refuerzo de 1.000 hombres que Ribera había solicitado al Rey.

García Ramón recibía la situación militar más sólida que se había tenido en Chile desde los tiempos de la Conquista. Ribera le entregó un Ejército de Línea aguerrido, bien disciplinado y mejor abastecido, de 1.154 soldados que, más 60 que trajo el Capitán Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle, 150 que vinieron con el Capitán Pedro Martínez de Zavala, además de las otras partidas, aumentaron las fuerzas españolas a cerca de 3.000 hombres. El Rey había elevado el Real Situado a 140.000 ducados que saldrían del tesoro peruano, de acuerdo a la Real Cédula dada en Gumiel el 4 de septiembre de 1604. Este dinero, que liberaba a la naciente economía chilena de una carga excesiva para sus fuerzas, aumentaba la esperanza de los pobladores que laboraban al norte del Bío-Bío. La seguridad había reemplazado a la zozobra que les agobiaba antes

de Alonso de Ribera y se hallaban dedicados a crear el progreso del país.

Todo se debía a la capacidad cerebral del excelente Gobernador, que había tenido la visión político militar necesaria para idear la única forma de pacificación: enclaustrar la guerra al sur del Bío-Bío y, mediante constantes incursiones, ir dominando la rebeldía araucana.

Ribera no se cansó de instruir a su sucesor respecto a que no se poblaran las ciudades sureñas sin antes haber dominado y colonizado Purén, que debería actuar como cabeza de puente desde donde se pudiera visitar continuamente a los otros fuertes, dándoles el socorro oportuno en caso necesario. Igualmente, repitió con majadería que el hecho de disponer de trescientos hombres veteranos y aguerridos, que pudiesen acudir a todas partes y mantuvieran las comunicaciones expeditas, disminuía notablemente la combatividad anímica del araucano. En cambio, el hecho de no tenerlos, reactivaría de inmediato las hostilidades que tanto había costado disminuir.

Pero la ceguera del Rey, de sus consejeros y demás autoridades, impuso a García Ramón la tarea de concluir la Guerra de Arauco en tres años y la obligación de actuar de acuerdo con el padre Luis de Valdivia.

B. EL PADRE LUIS DE VALDIVIA Y SU MISIÓN EN CHILE

El nuevo Virrey del Perú, Gaspar de Acevedo y Zúñiga, venía de gobernar el Virreinato de Nueva España, donde había conocido a indios, más o menos civilizados, que formaban parte del antiguo imperio mejicano y habían aceptado la paz mucho más fácilmente que los belicosos araucanos.

Los eclesiásticos de Lima ponían en duda la legitimidad de una guerra que buscaba la sumisión de los habitantes aborígenes. El Virrey, por su parte, sentía que se acercaba su fin terrenal y vivía



Soldado español del siglo XVI



Alonso de Ribera

preocupado de realizar sólo buenas obras que le asegurasen la salvación; por ello convocó en Lima a una junta consultiva de letrados y teólogos, para estudiar la manera de poner remedio a la situación.

Esa junta, en la que participó el padre Luis de Valdivia, estableció que el servicio personal era atentatorio contra la libertad. No contento con esto, el anciano Virrey consultó al protector de indígenas en Chile Luis de la Torre, que era amigo íntimo del padre Valdivia y, lógicamente, opinó igual que la junta, agregando que la principal razón de la resistencia de los araucanos era el lamentable trato que se daba a los indios sometidos, quienes no sólo sufrían la pérdida de sus bienes, sino también la deshonra de sus mujeres e hijas. Cuando los indios en guerra vieran que aquéllos les daban la paz y les permitían gozar de tranquilidad y libertad, preferirían las dulzuras del hogar a las durezas y peligros de la encarnizada lucha que mantenían.

En los momentos en que España había perdido todos los territorios al sur del Bío-Bío y los araucanos campeaban libremente por sus dominios, se pretendía suplicar a los vencedores que voluntariamente dejaran las armas, abandonaran su religión y costumbres ancestrales, para convertirse voluntariamente en vasallos del Rey.

Así pues, el padre Valdivia partió de Lima acompañando al nuevo Gobernador García Ramón. Llevaba en sus valijas innumerables cartas y credenciales que le había otorgado el Virrey para pactar la paz con los jefes mapuches, cuyo contenido resume el mismo padre así:

“Lo primero, un perdón general de todas las culpas pasadas; lo segundo, que su majestad no pretendía el servicio personal, antes lo mandaba quitar y que así ya no se les tomarían sus mujeres e hijos para el servicio de las casas de los españoles; y lo tercero, que pagarían su tributo de lo que cogen en sus tierras y no sacarían oro; y lo cuarto, que a los que viniesen de mita, se les pagarían sus jornales”.

García Ramón, si bien no tenía la capacidad militar de Alonso de Ribera, era inteligente y bastante astuto. No queriendo perder por ningún motivo el nombramiento, aceptó gustoso las exigencias del Virrey; pero, cazarraamente, preparó un enorme ejército para irrumpir a sangre y fuego en el centro de la sublevación, una vez que fracasaran los intentos pacificadores del jesuita.

No podía comprender el Virrey, que había conocido a otro tipo de indios, que los chilenos no formaban una Nación, sino que eran un conglomerado de tribus, mandadas por sus caciques, que se reunían para hacer la guerra y se separaban a su término, regresando a sus tierras para gozar de la libertad más amplia en el seno de sus familias.

El Rey, el Consejo de Indias y la Junta de Guerra, adolecían de tal ceguera política y religiosa, que creían posible reducir a la obediencia a estos seres, cuyo pensamiento distaba mucho del suyo y cuyas costumbres estaban en pugna con la moral cristiana. Ofrecer a esos hombres una paz basada en la sumisión, hablándoles de civilización, era cosa temeraria.

En estas condiciones, los araucanos no aceptaban la acción de los misioneros y los combatían con dureza. Al mismo tiempo que perdonaban la vida a algún español cuyo valor les hubiera impresionado, como ocurrió con Pineda y Bascuñán, se encarnizaban con los religiosos que caían en sus manos.

La presencia del jesuita Luis de Valdivia en Chile entronizó la llamada Guerra Defensiva, que fijó la línea del Bío-Bío como frontera entre las posesiones españolas y mapuches. Este pueblo, a cincuenta años de la muerte de Pedro de Valdivia, conseguía quebrar la mano al conquistador y le ponía de rodillas para pedir la paz.

De acuerdo a las disposiciones del Virrey, el padre Valdivia desembarcó en Concepción y dio inmediato comienzo a su labor. A través de los capitanes de guerra y de los corregidores, citó a una especie de parlamento a los caciques e indios de más renombre de los seis *rehues* de Penco. Hablándoles en su lengua por medio de

un intérprete mestizo, llamado Alonso Sánchez, les hizo saber que el Rey les declaraba libres del trabajo personal a que estaban obligados, substituyéndolo por un impuesto en dinero o en especies. Una vez enterados del mensaje real, los indios encargaron a uno de los caciques, Ainavillo, que agradeciera la merced recibida; pero insistieron en el único punto que les interesaba: la cantidad de mujeres que podían tener. El jesuita les respondió que el Rey no se entrometía en esos asuntos; mas, si se hacían católicos, debían limitarse a una. Sin embargo, el monarca no les exigía la conversión inmediata, por lo que el problema quedaba librado a sus propias conciencias.

Altamente satisfecho del resultado de sus primeros trabajos, el padre Valdivia se instaló en la Frontera para continuar su plan de pacificación. Con entusiasmo candoroso recibía las promesas que le hacían los indios y comenzó a aventurarse por aquellas peligrosas tierras, en compañía de su ayudante el joven Ortiz de Atenas. En una ocasión en que el muchacho viajaba solo, fue cogido de improviso por los indios de guerra que le sometieron a crueles tormentos antes de darle muerte.

C. RESULTADOS DE LA GUERRA DEFENSIVA

Como ya hemos dicho, García Ramón no cifró grandes esperanzas en la misión encomendada al padre Valdivia y se encargó de reunir un excelente Ejército; pero, como no quería continuar con el plan de Ribera por amor propio y para justificar su designación ante la Corona, hizo caso omiso de los consejos de su antecesor y, en vez de concentrar sus fuerzas para hacer una "guerra continuada y no salteada", como había diagnosticado Ribera, dividió sus tropas en dos columnas: una que avanzaría por la zona comprendida entre el mar y la cordillera de Nahuelbuta y otra que recorrería el valle central. Ambas llevaban la misión de destruir cuanto encontraran en su camino, pasando la región por un cedazo para lograr la absoluta pacificación. Luego, deberían reunirse en Purén.

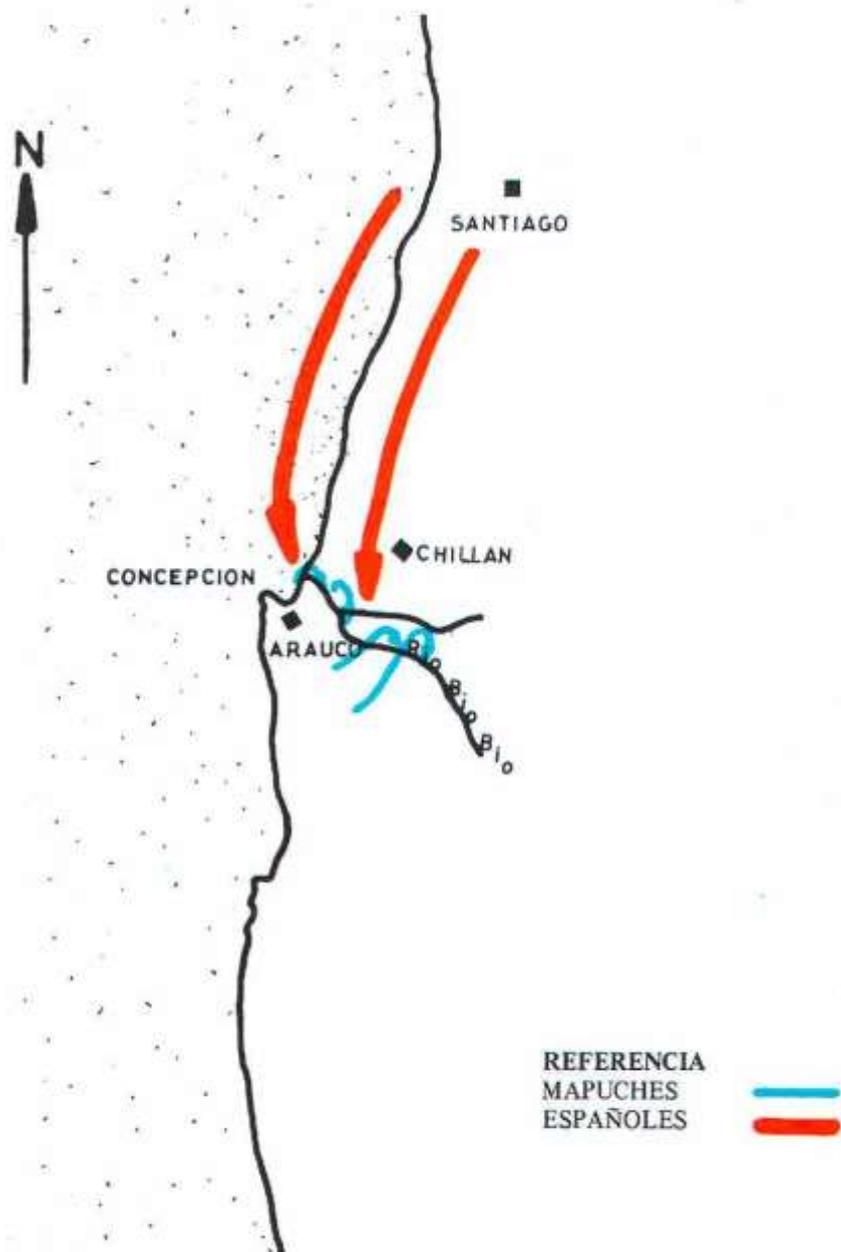
El resultado de la operación fue el que había predicho Ribera. Todo el enorme dispendio de fuerzas y recursos fue inútil. De sobra sabían los indios que no les convenían las batallas campales ni el enfrentamiento con ejércitos poderosos. Por eso, en cuanto se impusieron de la enorme cantidad de fuerzas que venían a incursionar en sus tierras, les cedieron el paso. Su forma de vida y organización les permitía trasladarse con celeridad a los más recónditos parajes y estaban prestos para caer sobre el enemigo en cuanto advertían que podían vencerle.

La guerra no tardó en comenzar. El cacique Ainavilú aniquiló a ciento cincuenta españoles cerca de La Imperial y puso sitio a Arauco. El Gobernador concurrió en auxilio de esta plaza y hubo de sostener dos sangrientos encuentros con los mapuches en la cuesta de Villagra y en Curaquilla. La Guerra Defensiva no había hecho más que dar alas al araucano, quien, tras desaparecer el único que había conseguido aplacarlo, Alonso de Ribera, visualizó su gran oportunidad para expulsar a los invasores.

García Ramón cometió otro desacierto. Impelido por doña Marcela Lezcano, intentó una incursión para rescatar a las cautivas castellanas que los indios mantenían en lugares escondidos, cuyo número se calculaba en cuatrocientas. Tras una infructuosa campaña sólo logró canjear treinta mujeres por caciques prisioneros. Sin embargo, para estar más cerca de los secretos reductos indígenas, decidió levantar una fortaleza en la confluencia de los ríos Boroa y Cautín, con miras a que sirviese de asiento a la nueva ciudad de La Imperial.

Este fuerte sufrió el asedio de los araucanos, salvándose por milagro; mas, el 29 de septiembre de 1606, hallándose de Comandante el Capitán Juan Rodulfo Lisperguer, fue víctima de la más completa derrota, perdiéndose ciento cincuenta españoles.

Esta desgracia, sumada al desastre que experimentó una expedición enviada a repoblar Angol, en que sólo sesenta araucanos dieron cuenta de una columna formada por soldados venidos de





Arcabucero español del siglo XVII

Méjico, llevándose los caballos y todo el bagaje, decidió al Gobernador a despoblar el fuerte de Boroa y a mantenerse en la línea defensiva del Bío-Bío.

Tarde comprendía García Ramón el valor de la estrategia trazada por Alonso de Ribera. El resto de su Gobierno, salvo débiles incursiones, significó la vuelta a la guerra gradual planteada por él. El padre Valdivia, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, se había replegado a la retaguardia del Ejército del Gobernador y, a mediados de 1606, regresaba a Lima.

D. EL PRIMER REGLAMENTO DEL EJERCITO DE CHILE

Así titula Vicente Carvallo Goyeneche la organización dada al Ejército en 1608, de acuerdo a la Real Cédula dictada por Felipe III al conocer la despoblación de las ciudades españolas al sur del Bío-Bío. Sin conocer la realidad chilena, el Monarca ordenaba mantenerlas; pero hemos visto cómo los acontecimientos obligaron al Gobernador a permanecer en la línea defensiva.

El Rey dispuso que las arcas reales del Perú librasen 20.000 pesos a los vecinos de Monterrey, Cañete y Arauco, para que se surtiesen de "siente, ganados, bueyes y otros útiles necesarios para su sustento" y se les otorgaran cómodos plazos para cancelarlos. Asimismo, ordenó que se enviaran a Chile quinientos hombres tan pronto se recibieran sus órdenes y otros quinientos un año más tarde. Estableció, además, que se enviaran 10.000 pesos por la vía de Buenos Aires, "en ropa, para que vendida, se comprasen y remitiesen a Chile 1.500 caballos y últimamente para que no faltase tropa en aquel reino y por eso se frustrase la sujeción de los indios y su conversión a la fe católica, dispuso su real piedad, que el Gobernador de Chile, consultando antes al Virrey del Perú, arreglase el número de ella y los sueldos que debían gozar, poniéndola en el pie de dos mil hombres y para la subsistencia consignó 212 mil ducados. Se dio cumplimiento a esta real resolución a fines del año

1608, en virtud de real provisión despachada en Lima a 24 de marzo de dicho año" (32).

De acuerdo a las disposiciones del Monarca, García Ramón formó dos cuerpos de tropas: uno de Infantería, con quince compañías de cien soldados cada una y otro de Caballería, con siete escuadrones de setenta hombres. Además, creó otra compañía, constituida por cuarenta oficiales reformados, cuya misión era servir de guardia al Gobernador.

De estas fuerzas, destinó 1.000 infantes a guarnecer los fuertes que custodiaban la línea de la Frontera. Con el resto formó dos "campos volantes", es decir, tropas móviles que podían concurrir a cualquier punto amagado de esa divisoria. Dejó el primero bajo sus órdenes con asiento frente a Santa Juana y el segundo, al mando del Maestre de Campo Diego de Saravia, con la misión de apoyar los fuertes de Arauco, Tucapel y Purén.

"Y al menos desde este tiempo debe contarse la antigüedad de los cuerpos de tropa veterana que sirven en Chile", afirma Carvallo Goyeneche en la obra citada.

Los sueldos que se asignaron a los miembros de estas fuerzas fueron los siguientes (33):

Maestre de Campo	137 pesos, 4 reales al mes
Sargento Mayor	68 pesos, 6 reales " "
Auditor de Guerra	33 pesos, 5 reales " "
Veedor General	165 pesos, 1 real " "
Ayudante	27 pesos, " "
Capellán	34 pesos, 5 reales " "
Cirujano Mayor	28 pesos, 5 reales " "
Cirujanos 2 ^{os}	20 pesos, 5 reales " "

(32) Carvallo Goyeneche, Vicente. *Relación Histórica Geográfica del Reino de Chile*. Santiago. Editorial Andrés Bello. 1889. Colección de Historiadores de Chile. Cap. XCIV.

(33) Carvallo Goyeneche, Vicente. *Obra citada*.

Intérpretes	17 pesos, 5 reales al mes
Capitanes reformados	17 pesos, 7 reales " "
Capitanes de Infantería	68 pesos, 6 reales " "
Alférez de Infantería	27 pesos, 4 reales " "
Sargentos	16 pesos, 4 reales " "
Tambor	11 pesos, 4 reales " "
Cabo de escuadra	11 pesos, 4 reales " "
Mosquetero	11 pesos, 4 reales " "
Soldado	8 pesos, 6 reales " "
Capitán de Caballería	80 pesos, 4 reales " "
Alférez de Caballería	27 pesos, 4 reales " "
Cabo de Escuadra	13 pesos, 6 reales " "
Trompeta	13 pesos, 6 reales " "
Soldado	11 pesos, 4 reales " "

Muy pronto los sueldos resultaron exiguos, pues el vestuario y demás prendas que los soldados debían adquirir, se les hicieron prohibitivos por el abuso de los comerciantes que deseaban enriquecerse a costa de la guerra. El Rey había ordenado entregar elementos a precio de costo; sin embargo, las disposiciones "se acataban pero no se cumplían" y luego se transformaban en letra muerta. Los vendedores y, peor aún, los propios funcionarios de Gobierno, velaban por su beneficio personal, dando al traste con las buenas intenciones del Monarca.

Con el Ejército español inmovilizado al norte del Bío-Bío, los araucanos se sintieron libres para iniciar una serie de incursiones a poblados, fuertes y estancias, donde consiguieron una buena cantidad de armas, ganado y prisioneros.

E. SEGUNDO REGLAMENTO DEL EJERCITO DE CHILE

En abril de 1610, García Ramón consiguió una victoria que quebrantó momentáneamente el poder ofensivo de los indios. Pero los últimos cuatro años de guerra, en que los mapuches habían llevado la iniciativa, vinieron a significar la pérdida de casi dos mil soldados, mermando fuertemente la capacidad militar de los espa-

ñoles. En estas difíciles circunstancias para el reino, falleció Alonso García Ramón el 5 de agosto de 1610.

Entretanto, como hemos señalado, el padre Valdivia había logrado convencer al Rey de las bondades de su sistema y la orden de implantar la Guerra Defensiva, solución que junto al oidor Villela, del Perú, había ideado como infalible, contra la opinión de Alonso de Ribera.

En adelante, las fuerzas españolas se limitarían a guardar la Frontera. Si los indios atacaban, se les rechazaría sin perseguirlos, hasta que la inutilidad de sus esfuerzos les convenciera de que si querían ser respetados, deberían mantenerse en sus dominios.

La Corona había tenido en cuenta, al aceptar el plan del padre Valdivia, que la Guerra de Arauco le costaba no sólo las rentas de Chile sino, además, 212.000 ducados anuales, que salían de las arcas reales del Perú. En aquellos años Chile consumía, en armas y soldados, más que todo el resto de América. El desaliento en la Corte era grande, pues luego de cincuenta años de lucha no se había logrado la pacificación y, en cambio, se tuvo que retroceder a la línea del Bío-Bío.

Chile no representaba para España sino gastos, preocupaciones y perjuicios. Muy bien podía haberse abandonado esta colonia tan poco productiva. Mas, ante la amenaza constante de los corsarios ingleses y holandeses, que venían a disputar el dominio del Pacífico a través del Estrecho de Magallanes o bordeando el Cabo de Hornos, Chile era estratégicamente indispensable para mantener al Perú, tierra plena de riqueza cuyo aporte era inmenso para la Corona.

Si bien es cierto que la Guerra de Arauco retrasó el desarrollo económico e intelectual de la Colonia, no es menos cierto que contribuyó notablemente a formar las condiciones militares del pueblo chileno que estaba naciendo en esa época, a la vez que obligó a los habitantes de Chile a mantener la unión, la solidaridad,



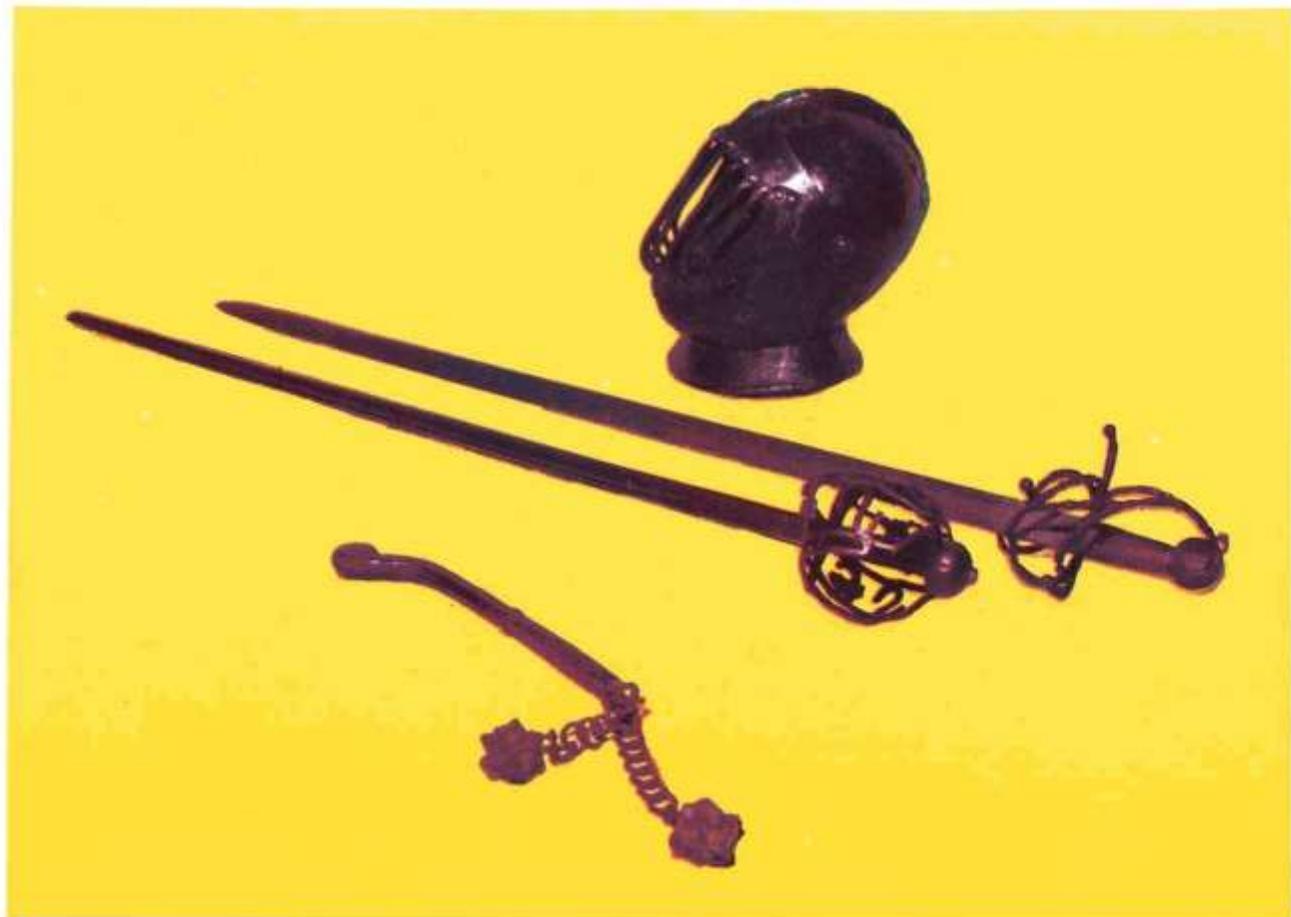
Arcabuz español del siglo XVI



Mortero español con su cuadrante de puntería del siglo XVI



Cañón de campaña español del siglo XVI



Armas españolas del siglo XVI



Armas indígenas

la disciplina y el orden, evitando así que cayeran en la molicie.

Las fuerzas guerreras de Chile, por muy desorganizadas que estuvieran, eran el mejor baluarte para impedir que el Virreinato cayera en manos de los corsarios y, por ende, España perdiera el dominio del Océano Pacífico. Los rebeldes indios, por su parte, representaban el serio peligro de aliarse con los tradicionales enemigos del Rey; pero sólo en la medida que fuera necesario para expulsar a los peninsulares de sus territorios. Por ello, si no se les molestaba y se respetaba el dominio de sus ancestros, dicho peligro sería menos inminente y hasta podrían actuar favorablemente, por el odio que experimentaban hacia todo extranjero que pretendiese poner el pie en sus tierras. Tal posibilidad no tardó en demostrarse cuando Simón de Cordes quiso desembarcar en Arauco y, más tarde, al intentar la expedición de Brower, establecer una colonia holandesa en Valdivia.

Así pues, este pobre y desprestigiado país, que sólo significaba gastos a la Corona, debía mantenerse en estado de defensa porque la capacidad de sus gentes era la mejor garantía para España.

La confianza que el Rey había puesto en el plan del padre Valdivia era tal, que estimó excesiva la cantidad de dos mil hombres para la mantención de la Frontera y dispuso, por Real Cédula del 8 de diciembre de 1610, que "se pusiera sobre un pie de 1.600 plazas".

Esta nueva organización consistió en suprimir cinco compañías de Infantería, con lo que el Ejército quedó compuesto como sigue:

10 compañías de 100 hombres c/u	1.000 hs.
7 escuadrones de Caballería de 70 hombres c/u	490 hs.
1 compañía de oficiales reformados	40 hs.
Total de soldados	<u>1.530 hs.</u>

A la muerte de García Ramón, el Capitán Juan Jara Quemada fue designado Gobernador interino mientras se proveía el cargo. El nuevo mandatario carecía de energía y don de mando, por lo que no fue capaz de reanudar el plan de Ribera ni de mantener la menuada situación que le legaba García Ramón.

Jara Quemada inició una campaña en 1611 que se transformó, al igual que las anteriores, en un paseo inútil. Logró una efímera victoria al sur de Angol, contra el cacique Ainavilú, que sólo sirvió para soliviantar más la rebeldía araucana a nivel semejante al que incentivó Pelantaru tras la derrota de Curalaba. Se sublevaron los indios de Arauco y Catiray; las comunicaciones con el sur quedaron cortadas y los mapuches comenzaron a correr la flecha por el norte hasta las riberas del Maule.

Sin embargo, la energía guerrera de los araucanos se toparía con la disminución de sus contingentes, a causa de la epidemia de viruela que se desató en 1610. Al arribo de Alonso de Ribera, designado nuevamente Gobernador de Chile, se gozaba de un leve respiro en esta cansadora lucha.

CAPITULO IV

UNIFORMES, ARMAMENTO Y FORMA DE COMBATIR

Durante el medio siglo que transcurrió desde la llegada de Pedro de Valdivia hasta la época de Alonso de Ribera y quizá hasta la mitad del siglo XVII, las fuerzas españolas carecieron de un vestuario que las uniformase y cada cual usaba las prendas que mejor le acomodaban.

Por lo general las plumas del sombrero, de la celada o del morrión, distinguían a los soldados de las diferentes compañías. Pero, cuando aquéllas comenzaron a escasear, porque los indios se las arrebataban o se destruían en los combates, empezaron a usar plumas de aves nacionales o cintas de colores determinados.

Inicialmente los soldados llevaban petos y cascos de hierro; mas, estos elementos defensivos también faltaron y hubo de reemplazárseles por otros de cuero, en algunos casos de lobo marino endurecido, fabricados al igual que los que confeccionaban los indios o simplemente de vacuno sin curtir.

Las vestimentas eran de tela burda, confeccionada en el país. Sólo los más pudientes llevaban algunas prendas o distintivos procedentes de la Península. Los cuadros de esa época nos muestran gallardos soldados españoles combatiendo contra indios desnudos en Curalaba. Ello no pasa de ser producto de la imaginación de los autores, pues ni los indios andaban desnudos, ni los españoles usaban vistosos uniformes.

Obreros especializados fabricaban el calzado, cuyo precio fijaba el Cabildo. Igual cosa ocurría con los correajes de Infantería o

Caballería, sillas de montar, arneses y arreos de las mulas en que se conducía la impedimenta.

El armamento consistía en la pica, la espada, el arcabuz y el mosquete, además del cuchillo que todos llevaban para múltiples usos, desde la comida hasta el degüello de hombres y animales. Con Diego de Almagro llegaron las primeras armas de fuego que se dispararon en Chile y su estruendo causó enorme impresión a los indígenas en la primera batalla que sostuvieron con los españoles en Reinogüelén.

Durante las campañas de Valdivia se continuó usando el arcabuz, traído por los conquistadores a América. Pese a ser un arma de mucho peso y escaso rendimiento de fuego, dio gran ventaja a la Infantería española, tanto por las numerosas bajas que producía en la masa de indios que atacaba desordenadamente, como por el temor que provocaba. Sin embargo, como su reposición era difícil, fue perdiendo efecto, a medida que las derrotas sufridas dejaban el armamento en manos del adversario. Poco a poco el arcabuz fue sustituido por el mosquete, de mayor peso pero más moderno. Ambas armas debían apoyar el cañón en una horquilla para ser disparadas y la segunda debió ser relegada a los fuertes, debido a que necesitaba tres hombres para su funcionamiento.

Arcabuz y mosquete precisaban de sesenta y tres movimientos para su carga y disparo, el que se podía hacer con una frecuencia aproximada de siete minutos, por lo que era de gran lentitud de tiro. Disparaban balas de plomo, pero se cargaban también con trozos metálicos, clavos y piedras, que resultaban muy eficaces en descargas a corta distancia contra indios mal protegidos. No existían compañías formales de arcabuceros, sino más bien éstos se entremezclaban con los infantes.

La pica, junto a la espada, eran las armas encargadas de sostener la lucha cuerpo a cuerpo que debían enfrentar los cuadros de Infantería. La primera llegó a Chile con los conquistadores; pero también fue cayendo en manos de los mapuches y escaseó tanto,



Piqueros españoles del siglo XVII

"Le costume et les armes des soldats de tous les temps", Liliane et Fred Funcken



Pistolas españolas del siglo XVII

que debieron recurrir a las quilas, el mismo material que empleaban los indios. Alonso de Ribera se hizo cargo del Ejército; se encontró con la falta absoluta de picas de que adolecía su Infantería y, como le eran imprescindibles para rechazar las cargas de Caballería indiana, se vio obligado a recurrir al Perú y a España para obtenerlas.

Desde un comienzo el español levantó fortificaciones para defenderse de los ataques indios. Estas construcciones fueron bastante rudimentarias y parecidas a las que se usaron posteriormente en América del Norte. Se cercaban con una empalizada, de altura variable, clavada en el terreno y amarrada entre sí con tiras de cuero. Por el costado interior circulaba una pasarela alta que permitía el recorrido de los centinelas y la ubicación de arcabuceros y mosqueteros. En el exterior eran rodeadas por un terraplén de bastante declive y, en la mayoría de los casos, por un ancho foso que dificultaba el ataque.

Dentro del recinto estacado se situaban las habitaciones de los pobladores y de los soldados; al centro, un cuartel más resistente que era el último baluarte de defensa. Comúnmente, uno de los costados se apoyaba en la ladera escarpada de alguna corriente de agua y se prefería establecerlas sobre montículos de regular tamaño, para aumentar la defensa y poseer dominio visual sobre el campo circundante. Desgraciadamente, el constante error estratégico de dispersar las escasas fuerzas, en que cayeron los primeros gobernadores, hizo casi imposible el auxilio oportuno de los fuertes entre sí, ocasionando numerosos desastres y pérdidas.

Pronto el araucano se percató de la importancia de las fortificaciones y se hizo experto en su construcción, como lo demuestra el fuerte de Quiapo, levantado para defenderse de García Hurtado de Mendoza y que provocó elogiosos comentarios de los mismos españoles.

Todas las dificultades que encontraban los conquistadores para construir sus fortificaciones, se transformaban en facilidades para

los araucanos, especialmente por la abundancia de obra de mano que les permitía levantar un *pucará* en sólo tres días.

Pocas fueron las ocasiones en que los mapuches ocuparon sus fuertes para actuar a la defensiva; las más de las veces se valieron de ellos para atraer a los españoles a una trampa y, durante el ataque, rodearles por fuerzas numerosas hasta aniquilarlos. Cabe recordar la inteligente estratagema usada por los araucanos en el fuerte de Lincoya, donde construyeron una doble empalizada en torno al *pucará*. La primera, de poca altura y situada frente a un terreno llano que invitaba a una acción de la caballería española. Cuando se produjo el ataque, muchos caballeros, engañados, saltaron sobre ella con sus cabalgaduras para caer en un foso profundo, con agudas estacas clavadas en su fondo, donde quedaron ensartados jinetes y bestias.

La Guerra de Arauco tuvo una característica especial en cuanto a táctica y a estrategia se refiere. Fue caso único en la historia de las guerras coloniales donde los conquistadores, poseyendo mayor civilización y medios, se vieron superados por sus adversarios que copiaban sus métodos, inventaban otros y sacaban del terreno un aprovechamiento inesperado de sus mentes primitivas. Lograron primero equilibrar las acciones y superar luego a los europeos, cuyos adelantos y conocimientos parecían incontrarrestables. Llama la atención, también, la facilidad de agruparse con férrea disciplina en torno a un mando único para una acción determinada, considerando que no eran fuerzas regulares ni organizaciones estables, sino tribus que se juntaban para hacer la guerra.

La Artillería fue usada por primera vez en Chile en la batalla de Marigüeñu por Francisco de Villagra. Se trataba de una batería de seis cañones pequeños que la Real Audiencia de Lima había enviado a Pedro de Valdivia; desgraciadamente llegaron después que éste había muerto en Tucapel. De estas seis piezas, la primera que se disparó bajo cielo chileno recibió el nombre de "el tronador" y causó gran estrago y espanto entre las fuerzas de Lautaro.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que los araucanos se apoderaran de algunos cañones. Ya en el sitio de Arauco, en que el toqui Antuhuenu puso sitio a Pedro de Villagra en 1563, los indios perforaron una de las murallas y se apoderaron de varios arcabuces y de una de las bocas de fuego que los españoles habían instalado en el torreón. Más tarde, en el comentado fuerte de Quiapo, los mapuches esperaban con artillería a los soldados de Hurtado de Mendoza.

La Caballería, que en un comienzo fue el Arma principal de los conquistadores, perdió el efecto psicológico y la potencialidad guerrera que daba una relación entre español e indio de 1 a 100, hasta rebajarla en cortos años a igualdad de condiciones y, más tarde, cuando sobrevino la gran rebelión de Pelantaru, los peninsulares debieron enfrentar una caballería seis veces superior a la suya, en número.

Hasta 1601, año en que Ribera dio comienzo a la organización del Ejército permanente, los españoles combatieron sin tácticas definidas, en forma casi individual y confiando en el uso de sus armas y caballos.

Las entradas o incursiones al territorio indígena, para provocar escarmiento y talar sus sementeras, sólo se hacían en verano, pues las condiciones climáticas y del terreno impedían operar durante la época de lluvias que, en cambio, favorecían enormemente a los mapuches habituados a esas contingencias. La línea de fuertes establecidos a orillas del Bío-Bío fueron el recorrido frecuente de las patrullas exploradoras; pero, cuando los indígenas los destruyeron, las campañas tomaron un aspecto diferente y se palpó con más crudeza la adaptación de los araucanos a la guerra y los conocimientos adquiridos en ella.

Las marchas de los españoles, sus alojamientos, descansos y demás actividades bélicas, llevaban la marca de la desorganización y del espíritu individualista tan acendrado en el hispano. Así lo describía al Rey el Gobernador Juan Jara Quemada, en carta del

1° de mayo de 1611, al comparar el campo español con las actividades de los indios:

“Para ir nosotros a las suyas (sus tierras), es menester que el soldado de a caballo lleve tres criados, uno para que le traiga yerba y otro que le lleve la comida y cama, y quien le haga de comer, y esto es lo de menos, porque hay muchos que meten a quince o veinte caballos y seis yanaconas, y el infante su piedra de moler, que todos los más las llevan; con que todas las veces que se aloja y levanta el campo, parece que se funda o se muda una ciudad, y en esto se gasta lo más del tiempo, mientras que los indios son muy ligeros; y además es tanta la flojedad y fibieza, que he visto arcabuces que parecen más bien pistoletas”.

Desde la época de Alonso de Ribera y García Ramón, el Ejército de Chile comenzó a construir un todo organizado para la guerra, en un tiempo defensiva de acuerdo a las ideas introducidas por el padre Valdivia y luego ofensiva cuando la soñada paz con el pueblo mapuche resultó una utopía. En efecto, convencido del fracaso que significaba el plan del jesuita, Felipe IV resolvió ponerle término.

CAPITULO V

EL EJERCITO DE CHILE Y SUS PRIMERAS ACTUACIONES

Terminada la Guerra Defensiva, apareció otro peligro no menos grave para los españoles: las expediciones marítimas de los holandeses que intentaban apoderarse del Sur de Chile, con miras a extender sus dominios hasta el Perú. Sus primeras intenciones fueron abrir una nueva ruta hacia el continente asiático donde tenían factorías y, de paso, asestar rudos golpes a la Corona de España que los tenía bajo su bota. Luego, siempre bajo intereses comerciales, realizaron una serie de viajes de exploración y descubrimientos en los mares australes. Finalmente, decidido a disputarle el Pacífico a los españoles, el príncipe Mauricio de Nassau resolvió fundar una colonia holandesa en Valdivia y envió la expedición de Enrique Brower, cuyo resultado le fue adverso, a causa de los propios indios.

No cesaron los esfuerzos holandeses y fueron varias sus incursiones al Pacífico. Pero una de las más grandes, cuya Escuadra se componía de once naves artilladas con doscientos noventa y cuatro cañones, mil treinta y nueve tripulantes y seiscientos soldados de desembarco, fue la que vino al mando de Jacobo L'Hermite. Después de aparecer en Juan Fernández el 4 de abril de 1623, se dirigió a El Callao para intentar un ataque; mas fue rechazado por las defensas españolas y no se atrevió a regresar a Chile, donde debía enfrentarse a un Ejército de dos mil hombres que representaba un serio obstáculo para sus ya mermados contingentes.

Entretanto, el nuevo Gobernador de Chile Luis Fernández de Córdoba, se recibía del mando en Concepción, en mayo de 1625 y luego juraba fidelidad al cargo en Santiago, en diciembre del mismo año. Este brillante militar, perteneciente a la nobleza andaluza, era sobrino del Virrey y se había distinguido en la defensa de El Callao contra L'Hermite.

En enero de 1626, llegó a manos de Fernández de Córdoba la real cédula, de Felipe IV que ordenaba la reanudación de la guerra contra los araucanos, de acuerdo a lo prescrito en la anterior cédula de Felipe III en 1608. El nuevo Gobernador encontró gran indisciplina en las tropas españolas que guarnecían los fuertes de la Frontera, a la que no era ajena la Real Audiencia, por su intromisión en los asuntos de Gobierno, aprovechando los varios interinatos que se habían producido desde la muerte de Alonso de Ribera hasta el Gobierno de Osoreo de Ulloa, su antecesor. Pero Fernández de Córdoba era hombre de fuerte carácter e hizo entrar en vereda al tribunal; luego procedió a restablecer el orden en el Ejército.

Realizando personalmente la distribución del Situado, pudo darse cuenta de las irregularidades y, para escarmiento, confinó a Chiloé al Oficial Mayor del Veedor General, Pedro de Unzueta, que había cohechado, falsificado listas, adulterado precios y realizado una serie de otros delitos. Para que el castigo hiciera a los demás poner las barbas en remojo, ordenó le cortaran dos dedos de la mano con que había hecho los negociados. Tan severas medidas, unidas a otras que aplicó a algunos oficiales inescrupulosos, restablecieron la disciplina y le ganaron la confianza de las tropas que, hasta la fecha, habían sido víctimas de los expoliadores.

Reforzado con un contingente de ciento ochenta y cuatro hombres que le llegaron del Perú, inició una incursión al territorio araucano; pero ésta no fue diferente de las campearadas que habían realizado sus antecesores, sirviendo sólo para hacer algunos prisioneros.

Como era de suponer, la reacción de los mapuches no se hizo esperar. Un indio llamado Lientur, que hasta entonces había pelea-

do como amigo en el campo español, se fugó hacia La Imperial donde sublevó a todos los comarcanos. A fines de 1627 fue elegido toqui e inició de inmediato las operaciones. Sus espías le avisaron que una columna de trescientos españoles y cuatrocientos indios amigos avanzaba hacia el antiguo asiento de La Imperial, al mando del Sargento Mayor Juan Fernández Rebolledo. Durante la noche los araucanos atacaron con furia, mataron veintiocho españoles y recuperaron a los prisioneros. Juan Fernández tuvo que retroceder y su derrota sirvió para encender la mecha de la rebelión entre las demás tribus mapuches.

El siguiente paso en el plan de operaciones de Lientur, era la conquista de los fuertes que guarnecían la frontera del Bío-Bío. Mientras unas partidas atacaban Chillán, el caudillo se dejó caer con el grueso de sus tropas sobre la fortaleza de Nacimiento, incendiando palizadas y reductos. Tras seis horas de rudo combate, en que la dotación de cuarenta soldados se defendió con desesperación, la plaza se encontraba a punto de sucumbir. El Gobernador, que pasaba casualmente por las cercanías, concurre al lugar con las fuerzas de Caballería que le acompañaban. Tomados entre dos fuegos, los indios se vieron obligados a huir; pero dejaron más de doscientos enemigos muertos y se llevaron dos cañones de bronce, toda la ropa y las armas que se guardaban en el fuerte.

El ataque a Nacimiento provocó otras rebeliones que decidieron a Fernández de Córdoba a emprender una serie de acciones en su contra; pero le obligaron, también, a concentrar sus fuerzas en las márgenes del Bío-Bío. Aprovechando esta circunstancia, Lientur se deslizó por los faldeos cordilleranos hacia Chillán, con un fuerte contingente de guerreros montados, que llevaban a la grupa hombres de Infantería. Luego de atacar a la ciudad, le prendió fuego mientras sus huestes se dedicaban al saqueo. El Corregidor, Capitán Gregorio Sánchez Osorio, logró reunir algunas fuerzas y partió en su persecución. Lientur le dejó galopar hasta que le tuvo en terreno favorable; luego, bruscamente, se volvió y le presentó combate, derrotándole por completo. Tendidos en el campo quedaron el Corregidor, su hijo, un yerno y siete soldados.

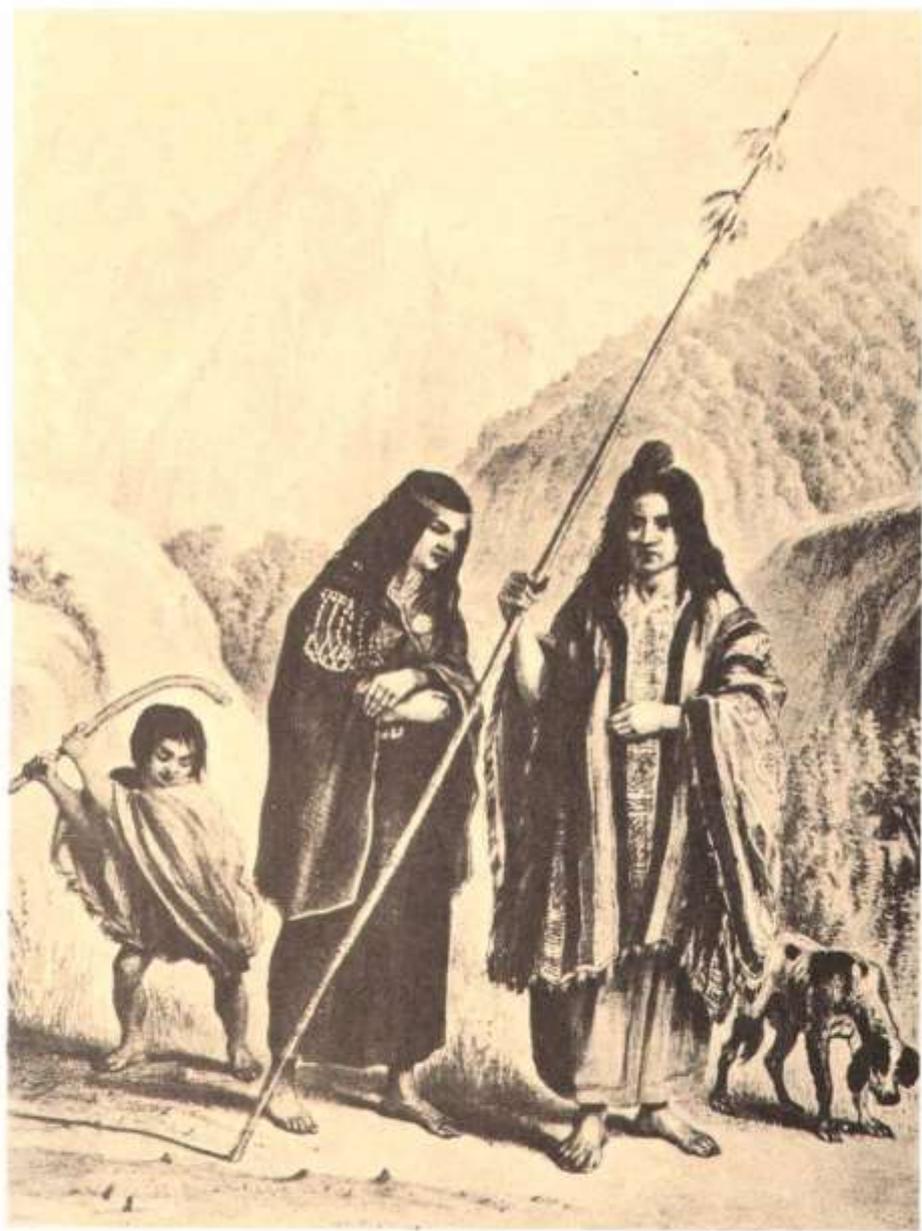
Luis Fernández quiso cortarle la retirada y partió con ciento cincuenta hombres desde Yumbel. Mas, el toqui le mantuvo a su siga durante un mes a fin de reunir más combatientes. Finalmente, con ochocientos lanceros a caballo, tomó posición defensiva en unas alturas junto a las riberas del estero Yumbel, en el lugar llamado Las Cangrejas.

Ambos Ejércitos se avistaron el 15 de mayo de 1629, bajo una fuerte lluvia. Lientur comprendió que el agua impediría encender las mechas de los arcabuces y, antes de que el enemigo se desplegara, se lanzó sobre él. El caudillo presentaba un dispositivo con sus fuerzas de Infantería al centro y escuadrones de Caballería en las alas. Las tropas de Juan Fernández presionaron el núcleo araucano para traspasarlo y los indios les dejaron avanzar, mientras sus pelotones de Caballería envolvían totalmente a los castellanos.

Luego de hora y media de lucha cuerpo a cuerpo con arma blanca, la Caballería española emprendió la fuga y la Infantería fue totalmente destruida. Setenta muertos y treinta y seis prisioneros fue el saldo del combate.

La derrota cerró el período de Gobernación de Fernández de Córdoba. Al poco tiempo asumía el nuevo mandatario nombrado por el Rey, Francisco Laso de la Vega. Al igual que Sotomayor y Ribera, éste era un oficial formado en las guerras de Flandes, bajo las órdenes de Ambrosio Spínola, donde había dejado testimonio de un valor a toda prueba. Sin embargo, nada pronosticaba que tuviera condiciones para el mando superior, tan necesarias para la visión estratégico-política que debían desplegar los gobernantes en Chile. Al igual que sus antecesores, traía el encargo del Rey de terminar con esta odiosa guerra en el plazo de dos o tres años.

Las alarmantes noticias de la derrota de Las Cangrejas y una supuesta alianza de los indios con los holandeses, le impidieron sacar de España un solo hombre que quisiera acompañarle. Viajó hasta Lima con el nuevo Virrey, Conde de Chinchón y tuvo que esperar que éste se recibiera del mando, para organizar una tropa que le escoltara a Chile. Finalmente, tras diez meses de permanen-



Tipos indígenas



Batalla de Las Cangrejeras 15.V.1629

"Cautiverio Feliz", Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán

cia en el Perú, consiguió zarpar de El Callao con quinientos hombres, a fines de 1629.

Después de tomar una serie de medidas tendientes a poner orden en las filas del Ejército y a asegurar su abastecimiento, se aplicó a recoger cuanta información pudo sobre las condiciones de la guerra con los araucanos. No obstante, sus primeras acciones se enfrentaron con un gran fracaso militar.

El toqui Butapichón, amigo y discípulo de Lientur, inició una campaña a mediados de enero de 1630. Con una fuerza de cuatro mil guerreros se dirigió a la conquista del fuerte de Arauco. Para engañar a los defensores, el astuto jefe indio realizó la aproximación con el mínimo de sus tropas y dejó una gran reserva en el valle de Pilcohué. El Comandante de la fortaleza, Maestre de Campo don Alonso de Córdoba y Figueroa, despachó una partida de exploración en cuanto tuvo noticias de su cercanía. Butapichón la dejó pasar por senderos extraviados hasta que se perdió entre la maraña. Su prolongada ausencia llenó de alarma a Córdoba y le decidió a salir al campo con cincuenta jinetes y doscientos infantes. En cuanto Butapichón les divisó, dejó ver parte de la vanguardia con que se había acercado al fuerte y comenzó a simular un combate, en el que le fue cediendo hábilmente el terreno, para llevar a las fuerzas castellanas, sin que se percataran, hasta donde tenía escondido el grueso de sus huestes.

La elección del campo de la Batalla de Pilcohué demostró la enorme habilidad guerrera del toqui. Con inteligentes movimientos de sus pelotones, fue situando a los españoles de espaldas a la quebrada de don García, estrecha garganta que dificultaría la retirada y el despliegue de los refuerzos. Cuando les tuvo en el lugar escogido, atacó encarnizadamente por los flancos. Después de algunas horas de cruenta lucha, Alonso de Córdoba logró retirarse hacia el fuerte de Arauco, dejando en el campo más de cien muertos.

Como de costumbre el éxito encendió la rebelión y numerosas tribus se plegaron al nuevo caudillo. Butapichón realizó una serie de correrías entre los ríos Itata y Bío-Bío, en pleno territorio cas-

tellano, atacando haciendas y poblados en los que recogió un excelente botín de armas y ganado vacuno y caballar. Hábilmente esquivaba las tropas regulares, marchando por entre la selva; pero sus partidas de exploración le mantenían al tanto de todos los movimientos españoles. Así fue como, al partir el Gobernador desde Yumbel, con cuatrocientos hombres en su persecución, le fue siguiendo a través de la floresta, sin dejarse ver. El 14 de mayo de 1630, las fuerzas hispanas hicieron alto en un lugar llamado Los Robles. Laso de la Vega iba abrasado por la fiebre. Los soldados, rendidos por dos días de marchas forzadas, se dieron al descanso sin mayores precauciones. Butapichón se dejó caer sopresivamente por tres puntos distintos, provocando tal confusión, que los propios tropeles de caballos españoles arrollaron a la Infantería.

Arcabuces y mosquetes de nada servían en la lucha cuerpo a cuerpo: sólo podía usarse el arma blanca. Los hispanos tuvieron que pelear en el más completo desorden. Sin reconocerse capitanes con soldados. La noche vino a poner fin a este combate que, de haber continuado, se habría transformado en una carnicería. Veinte muertos, cuarenta heridos y gran número de prisioneros, fue el saldo de esta sorpresa.

Laso de la Vega permaneció en Concepción reuniendo sus fuerzas, pues comprendió que debía dar una gran batalla para calmar los ímpetus de los rebeldes araucanos. En enero de 1631 ya disponía de ochocientos españoles y setecientos indios amigos. Algunos de éstos le informaron que los mapuches fraguaban una gran acción en contra del fuerte de Arauco, por lo que envió allí al nuevo Maestre de Campo Fernando de Cea. Días después tomó personalmente el mando de la plaza, resuelto a batirse en campo abierto, aún en contra del parecer de algunos capitanes que estimaban debía resistirse el asalto dentro del castillo.

Las noticias eran efectivas. Lientur había comprendido que antes de iniciar una campaña al norte del Bío-Bío, era necesario destruir las fuerzas enemigas que se encontraban en territorio araucano. Con este fin, citó a reunión a los toquis Butapichón y Quempuante, con quienes planeó la operación. *Entre los tres jun-*

taban unos siete mil guerreros.

De sus deliberaciones resultó el siguiente plan: destrucción del fuerte de Arauco y luego el ataque a Yumbel y Chillán. Sabiendo que los españoles habían concentrado *gran cantidad* de soldados, Lientur sostuvo que estas acciones debían contar, necesariamente, con el factor sorpresa. Sin embargo, al aproximarse a la fortaleza de Arauco, algunos indígenas, envanecidos con los triunfos anteriores, incendiaron las viviendas ubicadas en las inmediaciones. El fuego advirtió a los defensores y Lientur comprendió que se había perdido la condición más importante para lograr el éxito: la sorpresa. El hecho provocó una seria desavenencia entre los toquis, que terminó con el retiro de Lientur y sus tropas, cercanas a los dos mil hombres.

Butapichón y Quempuante decidieron continuar pese a las advertencias de Lientur y, en su envanecimiento, descuidaron la elección del terreno situado a *retaguardia*. El Gobernador inició la ofensiva con una primera línea de doscientos cincuenta soldados de Caballería y una segunda de infantes, apoyada con *artillería* en sus alas. Este dispositivo se ensayaba por primera vez y dio excelente resultado a los españoles. Los indios resistieron valerosamente la primera embestida; pero las continuas cargas de caballería les hicieron retroceder, atollándose en la ciénega que tenían a sus espaldas y la batalla se transformó en fácil degollina. El triunfo de los hispanos fue completo. Murieron más de ochocientos indios y otros quinientos cayeron prisioneros.

La victoria de La Albarrada restableció totalmente la decaída moral de las fuerzas españolas y menguó mucho la de los araucanos, que se retiraron por un largo tiempo a sus escondidos reducidos. Toda América vibró con el resultado de la batalla y en la Corte, tan preocupada por las acciones de los piratas, se llegó a creer que la Guerra de Arauco había terminado.

La verdad es que los mapuches se hallaban bastante debilitados, además, por las pestes que habían vuelto a aparecer. No estaban en condiciones de continuar la lucha por el momento y al

igual que en numerosas ocasiones anteriores, supieron replegarse, en espera de que las condiciones cambiaran.

Por aquellos años llegó a Chile el nuevo Gobernador Francisco López de Zúñiga, Marqués de Baidés, Conde de Pedrosa y Caballero del hábito de Santiago. Sabía muy bien que no le sería posible conseguir refuerzos de España, que luchaba en Francia e Italia; Cataluña se había aliado con los franceses y Portugal acababa de iniciar la guerra de la independencia. Por otra parte, sus ambiciones personales eran amasar tranquilamente una gran fortuna antes de regresar a la Península. Por ello, comenzó una serie de diligencias entre los pobladores de Chile y ante la Corona, para justificar la celebración de un tratado con los araucanos, a quienes colmó de regalos. Nada más querían los astutos mapuches que, aun sin obsequios, habrían hecho la paz, porque no podían continuar la guerra.

El 6 de enero de 1641, se reunieron con gran aparato españoles y araucanos en los llanos de Quillín. Con ceremonias de ambas partes y ampulosos discursos, en que tanto el Gobernador como los *úlmenes* (34) hicieron gala de su oratoria, se procedió al entierro simbólico de las armas y al intercambio de agasajos. Las cláusulas principales del tratado fueron:

a) Los españoles reconocían la independencia de los indios y se comprometían a no entrar en su territorio en son de guerra.

b) Ningún araucano podía ser reducido a la esclavitud ni obligado a servir.

c) Los mapuches se comprometían a devolver los cautivos que mantenían en su poder.

d) Los españoles podían establecer misiones religiosas en la Araucanía.

e) Los mapuches respetarían el fuerte de Arauco y los españoles despoblarían el de Angol.

(34) Ulmen: jefe del *aillarehue*, organización suprema correspondiente, probablemente a una tribu, en tiempos de paz.

f) Se establecía una alianza entre españoles y araucanos contra los extranjeros, fueran ingleses u holandeses.

g) Se retrocedía la Frontera a la antigua línea del Bío-Bío.

En aquellos días los holandeses se habían apoderado de Chiloé y de Valdivia, como hemos visto, con miras a instaurar una colonia en este último punto. Pero sus esfuerzos fracasaron y Chile se vio libre de ellos en 1643. Sin embargo, el Marqués de Mancera, que gobernaba en Lima desde 1639, resolvió fortificar, a todo trance, la antigua plaza de Valdivia y envió a su propio hijo, Antonio Sebastián de Toledo y Leiva, con doce galeones armados en guerra, mil ochocientos hombres y ciento ochenta y ocho piezas de artillería, más una abundante cantidad de artesanos de distintos oficios, para levantar fortalezas en la isla de Constantino y en ambas orillas del río.

La paz pactada con los araucanos sirvió para que se aflojara la disciplina en el Ejército y comenzara nuevamente el atraso en los pagos de los sueldos.

Poco duraron los acuerdos del Tratado de Quillín. Los españoles no dieron estricto cumplimiento a lo establecido y los indios, incapacitados para organizar una gran operación, se contentaron con acciones aisladas, sin mayor repercusión. En 1654 el Gobernador Acuña y Cabrera celebró un nuevo tratado, llamado Parlamento de Boroa, en el cual los araucanos se obligaron a renunciar al empleo de las armas, trabajar en las fortificaciones españolas y permitir el paso de tropas por su territorio.

Dos meses después de ese pacto dieron muestras de insurrección. El navío San Jorge, que llevaba el Situado a Valdivia, encalló en las costas frente a Osorno y los indios cuncos degollaron a los sobrevivientes, para apoderarse del botín. El Gobernador ordenó al Comandante de la guarnición de Chiloé, Capitán Ignacio Carrera Iturgoyen, que organizara una expedición de represalia. Carrera capturó a los tres caciques que habían participado en el asalto y les aplicó la pena capital del garrote.

Pero las cosas en la Gobernación de Chile se estaban dando en forma muy particular. Acuña y Cabrera era un débil de carácter, que se dejaba dirigir con gran facilidad y cambiaba de opinión constantemente. A comienzos de 1652 se trasladó a Concepción, para alejarse de la Real Audiencia, que en Santiago le manejaba a su antojo. Pero su joven esposa, Juana de Salazar, que sí tenía bastante energía, comenzó a transformarse en la verdadera Gobernadora, preocupándose más de los intereses de sus hermanos y familiares que del país. Por ello, José de Salazar fue designado Comandante de la plaza de Boroa y más tarde ascendido a Sargento Mayor, al tiempo que Juan de Salazar fue nominado Maestre de Campo General.

Ambos hermanos tenían la firme intención de hacerse ricos, mientras su cuñado se mantuviese en el cargo de Gobernador y la forma más expedita era hacer prisioneros para venderlos como esclavos en Santiago o en Lima. Por ello, convencieron a Acuña y Cabrera de que el castigo aplicado a los indios cuncos no había sido suficiente para lograr el escarmiento e iniciaron una expedición a Río Bueno, al mando de novecientos españoles y mil quinientos indios amigos.

Al llegar al cauce, Juan de Salazar ordenó la construcción de un puente de balsas para cruzarlo. Los indios, advertidos de su presencia, esperaron cautelosamente que la columna comenzara a pasar y, cuando doscientos hombres se encontraban en la otra orilla, les cayeron encima aniquilando más de cien soldados y cerca de doscientos auxiliares aborígenes.

Salazar regresó rápidamente a Concepción, donde se le instruyó un sumario, del cual se libró gracias a la influencia de la Gobernadora. Posteriormente, a fin de vengar la afrenta recibida, inició una segunda incursión. Pero, cuando llegó al valle de La Mariquina, fue informado de un levantamiento general de los araucanos en el Bío-Bío y huyó hacia Valdivia, desde cuyo puerto se embarcó a Concepción.

Un par de años después llegó a Chile otro Gobernador, el

Almirante Pedro Pórtier Casanate, nombrado interinamente en reemplazo de Acuña y Cabrera, a quien la Real Audiencia destituyó a instancias de los pobladores de Concepción. Pese a poseer una brillante hoja de servicios, Pórtier iba a ser víctima de un nuevo caudillo araucano conocido por el nombre de "el mestizo Alejo", a quien correspondía mandar en un período de extrema postración militar de su pueblo. No disponiendo de grandes fuerzas que comandar a causa de las epidemias y los sostenidos encuentros, concibió la idea de destruir las columnas que marchaban aisladas.

A comienzos de 1657, acometió a un destacamento de doscientos soldados que viajaban desde Concepción a reforzar el fuerte de Conuco. El combate, en que el mestizo Alejo hizo gala de su capacidad militar, significó la muerte de casi todo el contingente español.

Días después, destrozó otra columna de doscientos cincuenta hombres que mandaba Bartolomé Pérez de Villagrán. Finalmente, queriendo emular a su antecesor Lautaro, decidió coronar sus campañas atacando Concepción, a pesar de que las fuerzas araucanas ya habían tocado fondo. El nuevo jefe recorría la misma trayectoria que el genial estratega indio. Con gran esfuerzo logró reunir trescientos guerreros armados de lanzas y cruzando el Bío-Bío por Hualqui para no ser visto, fue a situarse en la parte alta del río Andalién. Pero los indios amigos de los españoles dieron aviso al jefe del fuerte de Chepe Capitán Juan Zúñiga, quien salió con doscientos soldados para cortarle el paso hacia la capital penquista.

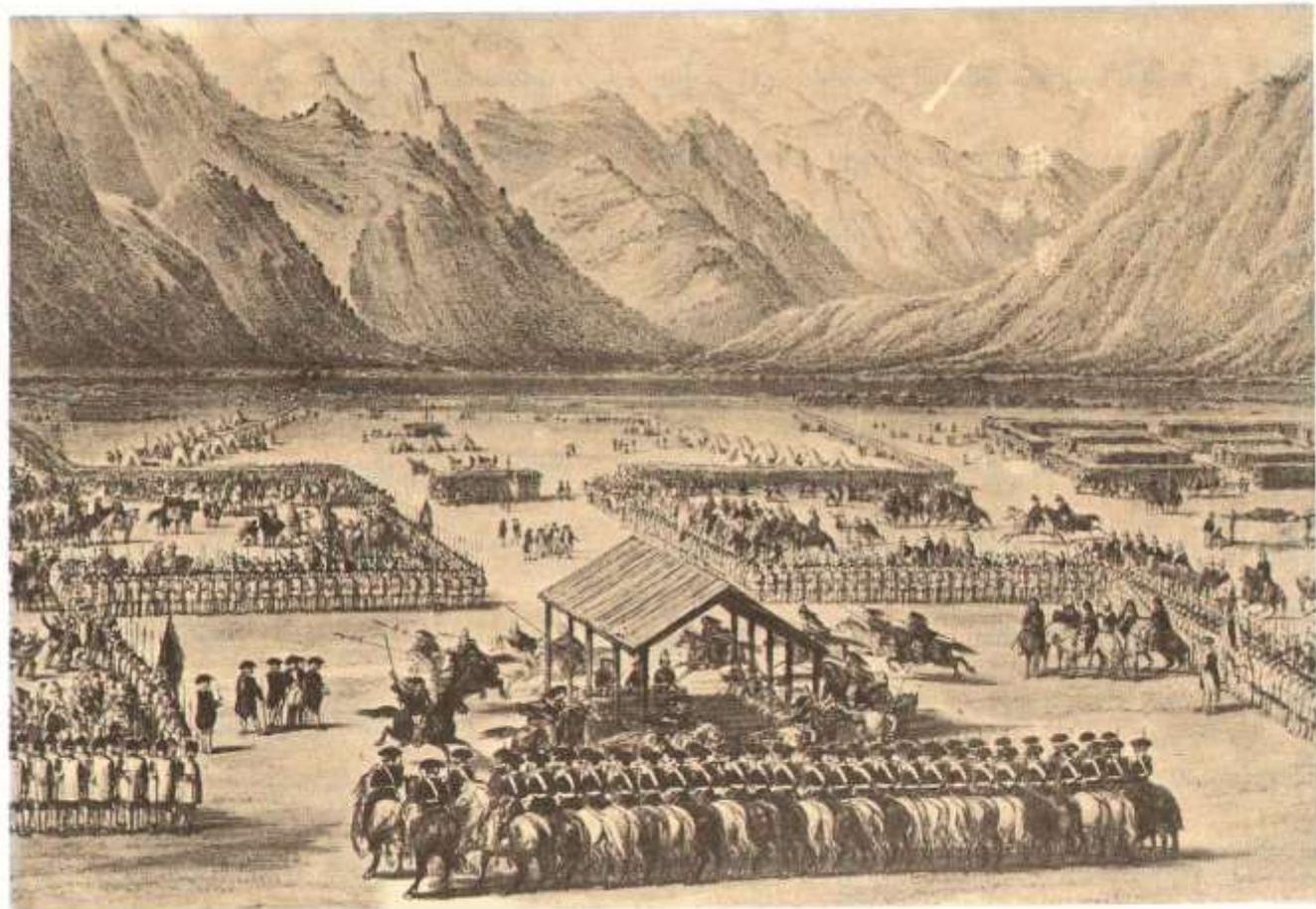
El mestizo Alejo ubicó sus fuerzas en una loma, comprendiendo que una batalla en campo abierto estaría decidida de antemano. Sólo le bastaba esperar que el enemigo cometiera un error para aprovecharlo en su favor... y éste ocurrió; el Capitán Zúñiga cargó repechando cuesta arriba. Cuando los soldados iban resollando en la subida, el toqui lanzó contra ellos el alud de sus lanzas que decidieron el combate a su favor. Los adversarios huyeron a la desbandada, menos el Capitán Zúñiga y sesenta de sus hombres que rindieron la vida. Los indios se apoderaron de gran cantidad de

armas, vestuario y bagajes.

Pero la vida del mestizo, al igual que la de Lautaro, había de ser corta. Dos de sus mujeres, despechadas por el interés demostrado a otras recién capturadas, se pusieron de acuerdo para matarle mientras dormía después de una borrachera.

En el tercer cuarto de siglo, los Gobiernos de Juan Henríquez y José de Garro consiguieron las reformas solicitadas al Rey, para realizar la entrega del Situado en dinero, en lugar de mercaderías, evitando así los abusos que cometían los encargados de su distribución. Con el oportuno pago de los salarios y el reparto de vestuario, equipo, víveres y municiones, se restableció la disciplina y se logró desterrar el vicio de otorgar licencia a los soldados, que abandonaban los fuertes durante los meses de invierno, para dedicarse en Santiago a tareas particulares.

Durante ese período, el Ejército mantuvo entre mil quinientos y dos mil quinientos hombres permanentes. La administración honesta de ambos Gobernantes dio confianza a las tropas de la Frontera e impuso respeto a los mapuches, que permanecieron en calma durante largo tiempo.



Parlamento de Quillín 6.I.1641



La Chueca

"Relación del Viaje por el Mar del Sur a las costas de Chile y el Perú durante los años de 1712-1713 y 1714", Amedé Frézier.